

EL CALVARIO Y LA MISA Autor: Mons. Fulton J. Seen

Mons. Fulton J. Seen

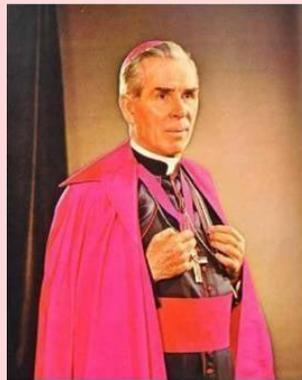
PARA meditar la Santa Misa

1961

El sacerdote que no ha permanecido cerca del fuego del tabernáculo, no puede arrojar chispas desde el púlpito.

Nuestra clase sacerdotal está mejor ilustrada a la luz del martirio. Llamamos la atención de nuestro prójimo no por ser un individuo corriente, sino por ser otro Cristo.

Mons. Fulton J. Sheen



PRESENTACION

El Siervo de Dios Mons. Fulton J. Sheen nació el 8 de mayo de 1895 en El Paso, Illinois, Estados Unidos. A la edad de 24 años fue ordenado sacerdote. Se doctoró en Filosofía por la Universidad Católica de Lovaina en Bélgica en 1923. Ese mismo año recibió el premio internacional Cardenal Mercier de Filosofía. Siendo el primer estadounidense en conseguir esa distinción. Enseñó filosofía y teología en la Universidad Católica de América.

A partir de 193 inició y organizó un programa semanal de radio llamado la Hora Católica. El programa llegó a alcanzar una audiencia de cuatro millones de oyentes durante dos décadas. En 1951 fue nombrado Obispo auxiliar de la Archidiócesis de

Nueva York. Siendo Obispo continuó con los programas de televisión. Fue conocido en el mundo entero como el "Obispo de la Televisión".

El 26 de septiembre de 1966 fue nombrado obispo de Rochester, Nueva York. Durante este tiempo siguió trabajando en la televisión. Después de tres años como obispo de Rochester fue nombrado arzobispo de la sede titular de Newport Gales por el Papa Pablo VI.

En 1979, Mons. Sheen recibió su mayor galardón cuando el Papa Juan Pablo II lo abrazó en la catedral de San Patricio en Nueva York. El Santo Padre le dijo: "Usted ha escrito y hablado bien del Señor Jesús. Usted es un hijo fiel de la Iglesia." Dos meses más tarde, el 9 de diciembre de 1979 falleció. Su contribución a la Iglesia ha sido grande en sus programas televisivos, como profesor y en sus más de 50 obras escritas. Tuvo el don de comunicar la Palabra de Dios de la forma más simple y sencilla. Mucho le ayudó su gran preparación académica. Sus mensajes eternos siguen siendo de actualidad.

El 14 de septiembre de 2002, la Congregación para las Causas de los Santos inició oficialmente la Causa de Monseñor Sheen y le concedió el título de Siervo de Dios. Camino abierto para su beatificación cuando Dios, Nuestro Señor, lo disponga.

PROLOGO

Hay ciertas cosas en la vida demasiado bellas para olvidarse. Tal es el amor de una madre. Por eso guardamos su fotografía como un tesoro. El amor de los soldados, que se sacrificaron por su patria, es igualmente hermoso para ser olvidado; y por eso reverenciamos su recuerdo en el "Memorial Day"[\[1\]](#). Pero la más grande bendición que jamás descendió a este mundo fue la visita del Hijo de Dios en forma y condición de hombre. Su vida, sobre todas las vidas, es demasiado bella para olvidarse; por eso guardamos como un tesoro la divinidad de sus *Palabras* en la Sagrada Escritura, y la caridad de sus *Obras* en nuestras acciones diarias. Desgraciadamente esto es todo lo que algunas almas recuerdan: concretamente, sus Palabras y sus Obras; y sin embargo, siendo importantes como son, no son la mayor característica del Salvador Divino.

El acto más sublime en la historia de Cristo fue su *Muerte*. La muerte es importante porque ella sella el destino. Todo hombre que fallece es un acontecimiento. Toda escena de muerte es una situación sagrada. La muerte fue piedra de escándalo para Sócrates, pero fue la corona de vida para Cristo. Él mismo nos dijo que había venido al mundo *a dar su vida en redención de muchos* (Mc., 10, 45); *que nadie me quita la vida sino que la doy libremente* (Jn., 10, 18).

Si, pues, la muerte fue el momento supremo por el cual vivió Cristo, eso fue precisamente lo único por lo que deseó fuese recordado. No pidió a hombre alguno que consignara sus palabras en la Escritura; no pidió que se recordase en la historia su bondad con el pobre; pero sí pidió que el hombre recordara su muerte. Y para que su

recuerdo no fuese una narración arbitraria por parte de los hombres, Él mismo instituyó el modo concreto como había de ser conmemorado.

El memorial fue instituido la noche antes de su muerte, durante lo que se ha llamado *La Última cena*. Tomando el pan en sus manos dijo: *Este es mi cuerpo que será entregado por vosotros*; esto es, entregado a la muerte. Después dijo sobre el cáliz del vino: *Esta es mi sangre del Nuevo Testamento, que será derramada por muchos para la remisión de los pecados*. Así pues, en un símbolo incruento de separación entre la sangre y el cuerpo, consistente en la consagración separada del pan y del vino, se comprometió a Sí mismo al sacrificio delante de Dios y de los hombres, y representó su muerte que sucedería a las tres de la tarde del día siguiente. Se ofrecía a sí mismo como Víctima para ser inmolada; y, para que los hombres no pudiesen olvidar jamás que *nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos*, dio el encargo a la Iglesia: *Haced esto en memoria mía*.

"La muerte se nos representa simbólicamente por medio de esta separación sacramental entre el cuerpo y la sangre; pero la muerte, al mismo tiempo, ya se daba en prenda a Dios por todo su valor, tan bien como en toda su tremenda realidad, con el expresivo lenguaje del Sagrado Símbolo. El precio de nuestros pecados se entregaría en el Calvario; pero aquí nuestro Redentor contraía la obligación y la suscribía con su propia Sangre" (Mauricio de la Taille, SJ., *Catholic Faith in the holy Eucharist*, p.115).

"No hubo allí propiamente dos completos y diferentes sacrificios ofrecidos por Cristo, uno en el Cenáculo y otro en el Calvario. Hubo un sacrificio en la última Cena; pero éste fue el Sacrificio de la Redención; y hubo un sacrificio en la Cruz, pero éste fue el mismo Sacrificio continuado y completado." (Mauricio de la Taille, SJ., *The Mystery of Faith and Human Opinion*, p.232)

Al día siguiente, lo que había prefigurado y anunciado lo realizó con toda su perfección cuando fue crucificado entre dos ladrones y su sangre se separó toda de su cuerpo para la Redención del mundo. La Iglesia, que Cristo fundó, no sólo conservó la Palabra que Él pronunció y las maravillas que Él obró, sino que le ha obedecido cuidadosamente en lo que dijo: *Haced esto en conmemoración mía*. Y esta acción, por la cual nosotros volvemos a hacer presente su muerte en la Cruz, es el Sacrificio de la Misa, en la que hacemos, como memoria, lo que Él hizo en la última Cena prefigurando su Pasión.

Por eso la Misa es para nosotros el acto cumbre del culto cristiano. El púlpito, en el cual se repite la palabra de nuestro Señor, no nos une con Él; el coro, en que resuenan suaves melodías, no nos aproximan más a la Cruz que a sus vestiduras. Un templo sin el altar del sacrificio no existe entre los templos primitivos y no tiene sentido entre los cristianos. Y así en la Iglesia Católica el altar y no el púlpito o el coro, o el órgano, es el centro del culto; porque en él se celebra el memorial de su Pasión. Su valor no depende

de quien lo dice o de aquel que le escucha; depende de aquel que es el único gran Sacerdote y Víctima, Jesucristo Nuestro Señor.

Con el cual estamos unidos a pesar de nuestra nada; en cierto sentido, perdemos nuestra individualidad por un momento; unimos nuestro entendimiento y nuestra voluntad, nuestro corazón y nuestra alma, nuestro cuerpo y nuestra sangre tan íntimamente con Cristo, que el Padre celestial no nos ve tanto en nuestra imperfección como nos ve más bien en Él, su Hijo muy amado, en quien tiene todas sus complacencias. La Misa es por esta razón el más grande acontecimiento de la Humanidad; el único Acto Santo que aparta la ira de Dios de un mundo pecador, porque levanta la Cruz entre el cielo y la tierra, renovando así el momento decisivo en que nuestra triste y trágica humanidad pasó de repente a la plenitud de la vida sobrenatural.

Lo que importa en este punto es que adoptemos la actitud mental exacta con relación a la Misa, y recordemos este hecho trascendental, que el Sacrificio de la Cruz es no sólo algo que aconteció hace diecinueve siglos. Está aconteciendo aún. No es algo pasado, como la firma de la Declaración de la Independencia. Es un drama permanente del cual no se ha bajado aún el telón. No pensemos que sucedió hace mucho tiempo, y por tanto que no tiene con nosotros más relación que cualquier otra cosa sucedida en el pasado. El Calvario pertenece a todos los tiempos y a todas las lugares.

Por eso, cuando Nuestro Señor subió a la altura del Calvario fue significativamente despojado de sus vestiduras. Quiso salvar al mundo sin los arreos de un mundo que pasa. Sus vestiduras pertenecían al tiempo, porque lo localizaban, lo determinaban como un ciudadano de Galilea. Ahora, que había sido despojado de ellas y enteramente desposeído de todas las cosas terrenas, pertenecía, no a Galilea, no a una provincia Romana, sino al mundo. Se había convertido en el pobre de todo el universo; pertenecía no a un pueblo sino a todos los hombres.

"Él ofreció la Víctima para ser inmolada; nosotros la ofrecemos ya inmolada entonces. Ofrecemos la Víctima eterna en la Cruz, sacrificada una vez y siempre perdurable... La Misa es un sacrificio porque es nuestra oblación de la Víctima ya inmolada, como la Cena fue la oblación de la Víctima que iba a ser sacrificada" *Ibíd.* 239-240.

La Misa no es sólo una conmemoración, es una representación viviente del Sacrificio de la Cruz: "En este divino sacrificio que se realiza en la Misa se contiene e inmolada de un modo incruento aquel mismo Cristo que *una sola vez se ofreció Él mismo* cruentamente en el altar de la Cruz (Heb., 9, 27). [...] Una sola y la misma es, en efecto, la Víctima, y el que ahora se ofrece por el ministerio de los sacerdotes, es el mismo que entonces se ofreció a Sí mismo en la Cruz, siendo sólo distinta la manera de ofrecerse". (Concilio de Trento. Sesión 22. Dz. 940).

Para significar con más fuerza la universalidad de la Redención, la Cruz fue erigida en la encrucijada de la civilización, en un punto central en medio de tres culturas, de Jerusalén, Roma y Atenas, en cuyos nombres Él había sido crucificado. La Cruz, pues, fue fijada ante los ojos de los hombres para detener a los despreocupados, atraer a los aturcidos, levantar a los mundanos. Fue el único hecho ineludible que la cultura y civilización de su tiempo no pudieron resistir. También es el único hecho ineludible de nuestros días que no podemos resistir.

Las figuras de la cruz fueron símbolos de todos los que crucifican. Allí estuvimos en nuestros representantes. Lo que hacemos ahora con el Cuerpo místico de Cristo, lo hicieron ellos, en nuestro nombre, con el Cristo histórico. Si sentimos envidia del bien, allí estábamos en los escribas y fariseos. Si tememos perder ventajas temporales por abrazar la Divina Verdad y el Divino Amor, allí estábamos en Pilatos. Si confiamos en las fuerzas humanas y buscamos triunfar por medios materiales en vez de los espirituales, allí nos representaba Herodes. Y así se repite la historia en los típicos pecados del mundo. Todos son ciegos para reconocer el hecho de que Él es Dios. Había pues algo inevitable en la crucifixión. Los hombres, que fueron libres para pecar, fueron libres para crucificar.

Mientras haya pecado en el mundo, la crucifixión es una realidad. Como realzó el poeta:

Con corona de espinas en la frente a Dios, Hijo del Hombre, pasar veo.

"Pero... ¿No estaba todo,

Señor, ya consumado?", le requiero,

"¿No habías para siempre terminado angustias y tormentos?" ¡Qué temblor cuando a mí tomó sus ojos!

"¿No entiendes tú el misterio?

Ves: cada corazón es un Calvario, cada pecado un Leño."

Estuvimos, pues, allí durante la crucifixión. El drama se completó ya hasta donde la visión de Cristo abarcaba; pero todavía no se ha representado ante todos los hombres, en todos los lugares, en todos los tiempos.

Si, por ejemplo, un rollo de película fuera consciente de sí mismo conocería el drama desde el principio hasta el fin, pero los espectadores en el teatro no lo conocerían hasta que lo hubieran visto proyectado en la pantalla. De manera semejante Nuestro Señor en la Cruz vio en su mente divina el drama entero de la Historia, la historia de cada alma en particular, y cómo más tarde reaccionaría ante su crucifixión; pero, aun cuando Él lo vio todo, nosotros no podemos conocer cómo reaccionaríamos ante la Cruz hasta que nos desarrollásemos en la pantalla del tiempo.

No éramos conscientes de estar presentes en el Calvario aquel día, pero Él sí estaba consciente de nuestra presencia. Hoy conocemos el papel que representamos entonces en el teatro del Calvario por el modo como vivimos y actuamos ahora en el teatro del siglo XX.

Por eso el Calvario es actual; por eso la Cruz es crisis; por eso, en cierto sentido, las llagas siguen abiertas; por eso el dolor sigue deificando, y la sangre, como estrellas que caen, está aún cayendo en nuestras almas. No hay huida de la cruz; ni negándola, como hicieron los fariseos; ni vendiéndole, como Judas; ni aun crucificándole, como hicieron los verdugos. Todos la vemos: o abrazarla para la salvación, o huir de ella para la desgracia.

Pero, ¿cómo se hace eso visible? ¿Cómo encontraremos el Calvario perpetuado? Encontraremos el Calvario revalidado, renovado, representado, como hemos dicho, en la Santa Misa. El Calvario es uno con la Misa, y la Misa es una con el Calvario, porque en ambos es el mismo el Sacerdote y la Víctima. Las siete últimas Palabras son como las siete partes de la Misa. Y justamente como en la música hay siete notas que admiten una infinidad de armonías y combinaciones, así también en la Cruz hay siete notas que Cristo muriendo hizo sonar para los siglos, y todas ellas se combinan para formar la bella armonía de la Redención del mundo.

*Cada palabra es una parte de la Misa. La Primera Palabra, Perdónales, es el Confiteor. La Segunda Palabra, Hoy estarás en el Paraíso, es el Ofertorio. La Tercera Palabra, He ahí a tu madre es el Sanctus. La Cuarta Palabra, ¿Por qué me has abandonado? Es la Consagración. La Quinta Palabra, Tengo sed es la Comunión. La Sexta Palabra, Todo se ha consumado, es el *Ite, Missa est*. La Séptima Palabra, Padre, en tus manos es el último Evangelio.*

Imagínate, pues, al Sumo Sacerdote, Cristo, dejando el Santuario del cielo por el altar del Calvario. Ya se ha puesto las vestiduras^[2] de nuestra naturaleza, el manipulo^[3] de nuestros sufrimientos, la estola del sacerdocio, la casulla de la Cruz. El Calvario es su catedral; la roca del Calvario la piedra del altar; el sol volviéndose reojo es la lámpara del santuario; María y Juan los altares laterales vivientes; la hostia es su cuerpo, el vino es su sangre. Está erguido como Sacerdote, y sin embargo postrado como Víctima: SU Misa va a comenzar.



PARTE PRIMERA

EL CONFITEOR^[4]

"Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen." (Luc., 23, 24)

La Misa comienza con el Confiteor. El Confiteor es una plegaria en la que confesamos nuestros pecados y pedimos a nuestra Madre Santísima y a los santos que intercedan ante Dios por nuestro perdón, ya que sólo los limpios de corazón pueden ver a Dios. Nuestro Señor comienza su Misa con el Confiteor; pero su Confiteor difiere del nuestro en esto: que Él no tiene pecados que confesar. Es Dios, y por lo tanto impecable. ¿Quién de vosotros me argüirá de pecado? (Jn. 8, 46). Su Confiteor, pues, no puede ser una súplica de perdón de sus pecados; pero puede ser una súplica de perdón de los nuestros.

Otros hubiesen gritado, maldecido, luchado al sentir sus pies y manos atravesados por los clavos. Pero la venganza no tiene lugar en el pecho del Salvador; ni una súplica brota de sus labios para castigo de los asesinos; ni exhala una oración pidiendo fortaleza para llevar a cabo su dolor. El Amor encarnado olvida la injuria; olvida el dolor; y, en este momento de agonía concentrada, manifiesta solamente algo de la altura, la anchura y la profundidad del maravilloso amor de Dios, mientras dice su Confiteor: Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen.

No dijo "perdóname", sino "perdónales". El momento de la muerte era ciertamente el más a propósito para hacer la confesión del pecado; porque la conciencia, en las últimas solemnes horas, impone su autoridad; y sin embargo, ni una señal de arrepentimiento asoma en sus labios. Estaba asociado a los pecadores, pero jamás asociado con el pecado. Ni en la muerte ni en la vida tuvo jamás conciencia del menor incumplimiento del deber para con su Padre celestial. ¿Y por qué? Porque un hombre impecable no es sólo un hombre; es más que un mero hombre. Es impecable porque es Dios. Y en eso está la diferencia. Nosotros sacamos nuestras oraciones de las profundidades de nuestra conciencia del pecado; y Él sacaba su silencio de su propia impecabilidad intrínseca. Esta sola palabra Perdónales prueba que Él es el Hijo de Dios.

Reparad en el motivo en que se apoya para pedir a su Padre celestial que nos perdone: Porque no saben lo que hacen. Cuando alguien nos injuria o nos culpa sin razón, decimos: "lo hizo a conciencia"; pero cuando pecamos contra Dios, Él halla una excusa para el perdón: nuestra ignorancia.

No hay redención para los ángeles caídos. Las gotas de sangre que cayeron de la Cruz el Viernes Santo en la Misa de Cristo, no alcanzaron a los espíritus de los ángeles rebeldes. ¿Por qué? Porque supieron lo que hacían. Vieron todas las consecuencias de sus actos con la misma evidencia con que nosotros vemos que dos y dos son cuatro, o que una cosa no puede existir y no existir al mismo tiempo. Verdades de esta naturaleza cuando han sido así entendidas no pueden retractarse; son irrevocables y eternas. Por

consiguiente, determinar rebelarse contra el Dios Todopoderoso equivalía a tomar una decisión irrevocable. Conocieron lo que hacían.

Con nosotros es diferente. No vemos las consecuencias de nuestros actos tan claras como los ángeles; somos más débiles; somos ignorantes. Pues, si conociéramos que cada pecado de soberbia teje una corona de espinas para la frente de Cristo; si conociéramos que cada contradicción a sus divinos Mandamientos labra para Él la señal de contradicción, la Cruz; si supiéramos que cada acto de la avariciosa codicia taladra sus manos y cada jornada en los antros del pecado clava sus pies; si conociéramos lo bueno que es Dios y todavía siguiéramos pecando, jamás nos salvaríamos. Es solamente nuestro desconocimiento del infinito amor del Sagrado Corazón lo que nos introduce dentro del ámbito de su Confiteor en la Cruz.

Estas palabras, gravémoslo profundamente en nuestras almas, no constituyen una excusa para seguir pecando, sino un motivo de contradicción y penitencia. El perdón no es negación del pecado. Nuestro Señor no niega el hecho espantoso del pecado. Y en esto se engaña el mundo moderno. Se desentiende del pecado: lo adscribe a una falla en el proceso evolutivo, a reliquias de los antiguos tabúes; lo identifica con las teorías psicológicas.

En una palabra, el mundo moderno niega el pecado. Nuestro Señor nos recuerda que es la más terrible de todas las realidades. Si así no fuera ¿por qué carga con una cruz al impecable? ¿Por qué derrama la sangre inocente? ¿Por qué ahora el pecado se levanta a sí mismo fuera del dominio de lo impersonal y se afirma como personal clavando a la Inocencia en un patíbulo? ¿Por qué tiene tan odiosos compañeros: la ceguera, los compromisos, la cobardía, los odios y la crueldad? Una abstracción no hace esto; pero puede hacerlo un hombre pecador.

Por eso el Señor que amó al hombre hasta la muerte, permitió al pecador ejercer su venganza contra El; para que los pecadores pudieran comprender siempre la malicia del pecado viendo en ella la causa de la crucifixión de Aquél que más les había amado.

No hay negación del pecado. Y sin embargo, a pesar de toda su malicia, la Víctima perdona. En el mismo único hecho se muestra la gran maldad del pecado y el sello del perdón divino. Desde ahora ningún hombre puede mirar al crucifijo y decir que el pecado no es grave, como tampoco puede decir jamás que no puede ser perdonado. Por lo que sufrió demostró la gravedad del pecado; por el modo cómo lo sufrió mostró su misericordia para con el pecador.

Es la Víctima que sufrió la que perdona; y en esta combinación de una Víctima tan humanamente bella, tan divinamente amante, tan absolutamente inocente, es donde uno halla un gran crimen y un mayor perdón. Bajo el refugio de la sangre de Cristo

pueden cobijarse los mayores pecadores, porque hay poder en esta sangre para hacer retroceder las mayores mareas de la venganza que amenaza sumergir al mundo.

El mundo os presentará el pecado como inexistente. Pero sólo en el Calvario experimentaréis la Divina contradicción del pecado perdonado. En la Cruz, el amor divino e infinitamente generoso se apoyó en el pésimo acto del pecado de los hombres para la acción más noble y la más dulce plegaria, que ha visto y oído jamás el mundo, el Confiteor de Cristo: Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen.

En todas partes del mundo los sucesores de los Apóstoles tienen hoy el poder de perdonar. Y nosotros nos preguntamos: ¿cómo puede un hombre perdonar los pecados? Porque sabemos que el hombre no puede perdonar los pecados. Pero Dios puede perdonarlos por medio del hombre; pues ¿no fue este el modo como Dios perdonó a sus verdugos en la Cruz, esto es, a través del instrumento de su naturaleza humana? ¿Por qué, pues, no ha de ser razonable que Él siga perdonando los pecados a través de otras naturalezas humanas, a las cuales dio ese poder? ¿Dónde hallar esos hombres?

Conocéis la fábula de la caja que durante largo tiempo fue ignorada y hasta ridiculizada como de ningún valor: pero un día se abrió y se halló dentro el gran corazón de un gigante. En cada Iglesia católica existe esta "caja." La llamamos confesionario. Ignorado y ridiculizado por muchos; pero en él se halla el Sagrado Corazón de Cristo el que perdona, perdonando los pecados a través de la mano alzada de su sacerdote, como una vez perdonó a través de sus propias manos levantadas en la Cruz. Sólo hay un perdón, el perdón de Dios; sólo hay un Perdónales, el Perdónales de un Acto eterno y divino, con el cual entramos en contacto durante varias ocasiones en la vida.

Como el aire está lleno de sinfonías y discursos pero no lo oímos mientras no los sintamos en nuestros aparatos de radio, así jamás las almas sentirán la alegría de este eterno y divino Perdónales, mientras no sintonicen con él en el tiempo; y el Confesionario es el lugar donde sintonizamos con el clamor de la Cruz; Perdónales.

Quiera el Señor que nuestra mente moderna, en vez de negar la culpabilidad, mire a la Cruz, confiese su culpa y busque perdón; ojalá aquellos que tienen conciencias intranquilas, que les ensombrecen en la luz y les persiguen en las tinieblas, busquen alivio no en el plano de la medicina, sino en el de la divina justicia; ojalá aquellos que hablan de los oscuros secretos del alma lo hagan, no con aire de soberbia sino con sentimiento de contrición; ojalá aquellos pobres mortales, que derraman lágrimas en silencio, hallen una mano perdonadora que las enjague.

Debe ser siempre cierto que la mayor tragedia de la vida no es lo que acontece a las almas sino lo que las mismas almas yerran. Y ¿qué mayor tragedia que perder la paz de sentir el pecado perdonado? El Confiteor a los pies del altar es el reconocimiento de nuestra indignidad; el Confiteor de la Cruz es nuestra esperanza de perdón y absolución.

Las heridas del Salvador fueron terribles, pero la peor herida de todas sería olvidarnos de que nosotros fuimos sus únicos causantes. El Confiteor puede salvarnos de esto, porque es el reconocimiento de que hay algo que debe ser perdonado, y mucho más que nunca sabremos.

Hay una historia que habla de una religiosa que un día limpiaba en la capilla una pequeña imagen de Nuestro Señor. Mientras hacía su trabajo se le cayó al suelo. La levantó sin que hubiese sufrido ningún desperfecto, la besó y la puso de nuevo en su sitio, diciendo: Si no hubieses caído no habrías recibido esto. Me pregunto si Nuestro Señor no siente lo mismo por nosotros; porque si nunca hubiésemos pecado no podríamos llamarle Salvador.

PARTE SEGUNDA

EL OFERTORIO

"En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso" (Lc., 23, 43)

ESTE es el momento del Ofertorio de la Misa, pues Nuestro Señor se está ofreciendo a su Padre celestial. Pero para recordarnos que no se ofreció solo sino en unión con nosotros, juntó con su ofertorio el alma del ladrón de la derecha. En un golpe maestro de malicia, le crucificaron entre dos ladrones para que su ignominia fuese completa. Anduvo en medio de los pecadores durante su vida, y por eso le cuelgan entre ellos a su muerte. Pero Él cambió el cuadro y convirtió a los dos ladrones en símbolo de las ovejas y de los cabritos, que estarán a la derecha y a su izquierda cuando Él venga en las nubes del cielo con su Cruz, entonces gloriosa, a juzgar a los vivos y a los muertos.

Al principio los ladrones le insultaban y blasfemaban; pero uno de ellos, que la tradición llama Dimas, volvió su cabeza para contemplar la mansedumbre y la dignidad del rostro del Salvador crucificado. Como un carbón arrojado en el fuego se transforma en ascua brillante y resplandeciente, así el alma negra de este ladrón, arrojada en los fuegos de la crucifixión, se inflamó en amor del Corazón Sagrado.

Cuando el ladrón de la izquierda decía: "Si eres el Cristo sálvate, sálvanos", el ladrón arrepentido le increpó exclamando: "¿Ni tú temes a Dios viéndote bajo la misma condena?" "Y nosotros ciertamente con justicia porque recibimos la paga debida a nuestras obras; pero este, ¿qué mal ha hecho?" Luego, el mismo ladrón le dirigió un ruego, no suplicando un lugar entre los asientos de los poderosos, sino solamente el favor de no ser olvidado: "Acuérdate de mí cuando estés en tu Reino."

Tal fe y tal arrepentimiento no van a quedar sin recompensa. Y en unas circunstancias en que el poder de Roma no logró hacerle hablar, cuando los amigos pensaron que todo estaba perdido y los enemigos pensaron que todo estaba ganado, Nuestro Señor rompió el silencio. Él que era acusado se convirtió en Juez, y el crucificado se tronó en Divino asesor de las almas cuando se dirigió al ladrón penitente con estas palabras; "Hoy estarás conmigo en el Paraíso". Este día, en que dices la primera y la última plegaria, hoy estarás conmigo donde yo estoy, esto es, en el Paraíso.

Con estas palabras, Nuestro Señor, que se estaba ofreciendo a su Padre celestial como la gran Hostia, une consigo en la patena de la Cruz la primera hostia pequeña ofrecida en la Masa —hostia de un ladrón arrepentido— un tizón sacado de la hoguera; una gavilla arrancada de la cosecha terrena; el trigo triturado en el molino de la crucifixión y hecho pan para la Eucaristía.

Nuestro Señor no solo en la Cruz sufre con nosotros. Por eso unió el sacrificio del ladrón con el suyo propio. Esto es lo que significa San Pablo cuando dice que debemos llenar aquello que falta en los sufrimientos de Cristo. No significa que Nuestro Señor en la Cruz no sufrió todo lo que pudo. Significa, más bien, que el Cristo histórico, físico, sufrió cuanto pudo sufrir en su naturaleza humana; pero que el Cristo místico, que es Cristo y nosotros, no ha sufrido hasta nuestra plenitud de sufrimiento. No todos los demás buenos ladrones de la historia del mundo han reconocido ya su culpa y pedido un recuerdo. Nuestro Señor está ahora en el cielo. Por tanto no puede sufrir más en su naturaleza humana, pero puede sufrir en las nuestras.

Así, se dirige a otras naturalezas humanas; a la tuya, a la mía, y nos pide que hagamos lo que hizo el buen ladrón, esto es, que nos incorporemos a Él en la Cruz, para que, participando en su crucifixión, podamos también participar en su Resurrección; para que hechos partícipes de su Cruz, podamos también participar de su gloria en el cielo.

Como nuestro Divino Señor en aquel día escogió al ladrón como pequeña hostia de sacrificio, así hoy nos escoge a nosotros como otras pequeñas hostias unidas a la suya en la patena del altar.

Volved los ojos de vuestra mente a la Misa, a cualquier Misa de las que se celebraban en los primeros siglos de la Iglesia, antes que la civilización se volviese totalmente financiera y económica. Si asistiéramos al Santo Sacrificio en la Iglesia primitiva, llevaríamos al altar cada mañana pan y vino. El sacerdote tomaría un trozo de aquel pan sin levadura y un poco de aquel vino para el Sacrificio de la Misa. El resto lo pondría aparte, lo bendeciría y lo distribuiría entre los pobres. Actualmente no llevamos el pan y el vino. Damos lo equivalente; aquello con que compramos el pan y el vino. Por eso la colecta del Ofertorio.

¿Por qué llevamos a la Misa el pan, el vino o el equivalente? Llevamos el pan y el vino porque esas dos cosas, entre todas las de la naturaleza, son las que mejor representan la esencia de la vida. El trigo es como el meollo de la tierra y los racimos como su verdadera sangre y ambos nos proporcionan el cuerpo y la sangre de la vida. Llevando esas cosas, que nos dan la vida, que nos nutren, equivalentemente nos llevamos a nosotros al Sacrificio de la Misa.

Nosotros, pues, estamos presentes en todas y en cada una de las Misas bajo apariencias de pan y vino, que representan simbólicamente nuestro cuerpo y nuestra sangre. No somos espectadores pasivos, como podemos serlo en un teatro contemplando el espectáculo, sino que estamos ofreciendo nuestra Misa con Cristo. Si algún cuadro pinta adecuadamente nuestro papel en el drama es este: una gran Cruz se alza ante nosotros en la cual está tendida la Gran Víctima, Cristo. Alrededor de la colina del Calvario están nuestras pequeñas cruces, en las cuales nosotros, las pequeñas hostias, vamos a ofrecernos. Cuando Nuestro Señor va a su Cruz, nosotros vamos a nuestras pequeñas

cruces y nos ofrecemos a nosotros mismos en unión con Él, como oblación pura, al Padre celestial.

En este momento nosotros cumplimos literalmente el mandato del Señor hasta en su mínimo detalle: "Toma tu cruz cada día y sígueme". Al hacerlo así no nos pide algo que Él no haya hecho primero. Ni sirve de excusa el decir: "Yo soy una pobre hostia sin valor". Así era el ladrón.

Notad que hubo dos actitudes en el alma de aquel ladrón que le hicieron agradable a Nuestro Señor. Fue la primera el reconocimiento del hecho: él merecía lo que estaba sufriendo, no así Jesucristo, que, impecable, no merecía la Cruz. En otros términos, era un arrepentido. La segunda fue la fe en aquel que los hombres rechazaban, pero que el ladrón reconoció como verdadero Rey de Reyes.

¿Con qué condiciones seremos pequeños hostias en la Misa? ¿Cómo nuestro sacrificio vendrá a ser uno con el de Cristo y tan aceptable como el del ladrón? Solamente reproduciendo en nuestras almas las dos actitudes del alma del ladrón: penitencia y fe.

Ante todo, debemos ser penitentes con el ladrón y exclamar: "Yo merezco el castigo por mis pecados. Yo necesito sacrificio". Algunos de nosotros no conocemos cuán malos e ingratos somos para con nuestro Dios. Si lo fuimos, no deberíamos quejarnos de los golpes y penas de la vida. Nuestras conciencias se parecen a las habitaciones cerradas, largo tiempo sin luz. Descorremos las cortinas y ¡ay!, que en todas partes donde pensábamos que estaba limpio ahora encontramos polvo.

Algunas conciencias están tan cegadas con excusas que rezan como el fariseo: "Te doy gracias, oh Señor! Porque no soy como el resto de los hombres..." Otros blasfeman del Dios del cielo por las penas y pecados; pero no se arrepienten. La Guerra Mundial, por ejemplo, estaba destinada a la purificación del mal; estaba destinada a enseñarnos que no podemos seguir sin Dios; pero el mundo rehusó la lección. Como el ladrón de la izquierda, rehúsa ser penitente; rehúsa ver la relación de justicia entre el pecado y el sacrificio, entre la rebelión y la paz.

Pero cuanto más penitentes somos menos tratamos de huir de nuestra cruz. Cuanto más nos vemos como somos más decimos con el buen ladrón: "Yo merezco esta Cruz". No quiso excusarse, no quiso que se le declarase sin pecado, no quiso que se le eximiera del castigo, no quiso ser bajado. Sólo quiso ser perdonado. Estaba deseoso de ser siquiera pequeña hostia en su pequeña cruz; pero eso fue porque era penitente. No se nos ha concedido otro camino para ser pequeñas hostias con Cristo en la Misa que el de quebrantar nuestros corazones con el dolor; pues mientras no admitamos que estamos enfermos ¿cómo podremos sentir la necesidad de la curación?; mientras no nos duela nuestra parte en la crucifixión, ¿cómo podemos rogar que se nos perdonen nuestros pecados?

La segunda condición para convertirnos en hostias en el Ofertorio de la Misa es la fe. El ladrón miró por encima de la cabeza a nuestro Divino Señor y vio un letrado que decía REY. ¡Extraño Rey aquel! Por corona, espinas. Por púrpura real, su propia sangre. Por trono, la Cruz. Por cortesanos, verdugos. Por coronación, crucifixión. Y a pesar de esto, en el fondo de toda aquella escoria el ladrón descubrió el oro; en medio de todas aquellas blasfemias, él rezó.

Fue su fe tan fuerte que quedó contento con permanecer en la Cruz. El ladrón de la izquierda pidió ser bajado; el de la derecha no. ¿Por qué? Porque éste conoció que hay más grandes males que los de la crucifixión y otra vida más allá de la Cruz. Tuvo fe en el hombre de la cruz central que hubiera podido convertir las espinas en guirnaldas y los clavos en capullos si hubiera querido; pero tuvo fe en el Reino detrás de la Cruz, reconociendo que los sufrimientos de este mundo no pueden compararse con las alegrías que han de venir. Con el salmista [\[5\]](#) su alma exclamó: "Aun cuando anduviese en las tinieblas y en las sombras de la muerte no temeré, porque tú estás conmigo".

Fue su fe parecida a la de los tres jóvenes en el horno de fuego, a quienes el rey Nabucodonosor mandó adorar la estatua de oro. Su respuesta fue: "El Dios a quien adoramos nos puede salvar del horno de fuego abrasador y librarnos de tus manos ¡oh rey! Pero si no quisiera, que sepas, ¡oh rey!, que nosotros no adoraremos tus dioses, no adoraremos la estatua de oro que tú has levantado". Notad que no piden a Dios que los libre del horno de fuego, aun cuando reconocen que puede hacerlo: "porque El puede salvarnos del horno del fuego abrasador". Se arrojan totalmente en las manos de Dios, y, como Job, confían en Él.

De igual manera procedió el buen ladrón; conoció que nuestro Señor podía librarle. Pero no le rogó que lo bajara de la cruz. Porque Nuestro Señor mismo no bajó aun cuando la turba le retase a ello. El ladrón sería una hostia pequeña hasta el final mismo de la Misa, si fuera necesario.

No significó esto que el ladrón no amase la vida. La amaba tanto como nosotros. Quería la vida, y una vida larga; porque, ¿qué vida es más larga que la Vida eterna? A todos y a cada uno de nosotros nos es dado en igual manera descubrir la vida eterna. Pero no hay otro camino para entrar en ella que la de la penitencia y el de la fe que nos unen a aquella Gran Hostia, Sacerdote y Víctima, Cristo. Así nos convertimos en ladrones espirituales de nuevo y, como el primero, arrebatamos el cielo.

PARTE TERCERA

EL SANCTUS

"Mujer, he ahí a tu hijo,,. He ahí a tu madre" (Jo., 19, 26-27)

Hace cinco días nuestro Divino Señor hizo su entrada triunfal en la ciudad de Jerusalén: triunfantes aclamaciones resonaban en sus oídos; las palmas alfombraban su paso mientras atronaban en el aire los hosannas al Hijo de David y las alabanzas al Santo de Israel. A los que hubieran querido hacer callar aquellas demostraciones en su honor recordó nuestro Señor que, si aquellas voces callaban, gritarían hasta las piedras. Fue el nacimiento de las Catedrales góticas.

Ellos no conocieron la verdadera razón por la cual le llamaban santo; quizá ni entendieron por qué aceptaba el tributo de su alabanza. Pensaron que le estaban proclamando como rey terrenal, pero Él aceptaba sus demostraciones porque iba a ser Rey de un imperio espiritual.

Aceptó sus homenajes, sus hosannas, sus himnos de alabanza porque iba a su Cruz como Víctima. Y toda Víctima debe ser santa: "Santo, Santo, Santo". Cinco días después llegó el Sanctus de la Misa del Calvario; pero en aquel Sanctus de su Misa, Él no dice "Santo"; habla a unos santos. No musita el "sanctus", se dirige a santos: a su Madre, María; y a su amado discípulo Juan.

Conmovedoras son estas palabras: "Mujer, he ahí a tu hijo... he ahí a tu madre". Ahora habla a los Santos. No tenía necesidad de intercesión santa porque Él era el santo de Dios. Pero nosotros tenemos necesidad de santidad porque toda víctima de la Misa debe ser santa, inocente, impoluta. ¿Y cómo podemos ser santos participantes del Sacrificio de la Misa? Él nos dio la respuesta: concretamente poniéndonos bajo la protección de su Divina Madre. Se dirige a la Iglesia y a todos sus miembros en la persona de Juan, y dice a cada uno de nosotros: "He ahí a tu madre." Por eso se dirigió a ella no como a Madre sino como a Mujer. Ella tenía una misión universal, la de ser no sólo su Madre sino la Madre de todos los cristianos. Era su Madre; ahora iba a ser la Madre de su Cuerpo místico, la Iglesia; y nosotros íbamos a ser sus hijos.

Hay un tremendo misterio oculto en esta sola palabra "Mujer". Realmente fue la última lección del desprendimiento que Jesús había enseñado hacía muchos años, y la primera lección de la nueva unión. Nuestro Señor se había ido desprendiendo gradualmente, por decirlo así, de los afectos de su Madre, no en el sentido que ella le había de amar menos, o Él la fuera a amar menos a ella; sino sólo en el sentido que ella iba a amarnos más. Iba a ser desprendida de la maternidad de la carne, a fin que estuviera más vinculada a la gran maternidad del espíritu. De ahí la palabra "Mujer". Ella había de hacernos otros Cristos. Porque, así como María había engendrado al único "Santo de Dios", sólo así ella nos engendraría como santos para Dios, merecedores de decir "Sanctus, Sanctus, Sanctus" en la Misa de este prolongado Calvario.

La historia de la preparación para su papel de Madre del Cuerpo místico de Cristo se desarrolla en tres cuadros de la vida de su Divino Hijo, sugiriendo cada uno la lección que el mismo Calvario iba a revelar plenamente: esto es, que ella estaba llamada a ser

no sólo la Madre de Dios sino también la Madre de los hombres; no sólo la Madre de la Santidad sino también de la de aquellos que anhelan ser santos.

La primera escena tuvo lugar en el Templo cuando María y José hallaron a Jesús después de buscarle tres días. La Bienaventurada Madre le manifestó que sus corazones estaban desechos por el dolor de tan prolongada búsqueda, y Él contestó [6]: "¿No sabíais que yo debo ocuparme en las cosas de mi Padre?" Lo que equivalía a decir: "Madre, yo tengo otros asuntos que los del taller de carpintero. Mi Padre me ha enviado a este mundo para la obra suprema de la Redención, para hacer a todos los hombres hijos adoptivos de mi Padre celestial, en el más grande reino de la hermandad de Cristo, su Hijo". Hasta donde cayó María en la cuenta del pleno sentido de aquellas palabras, no lo sabemos; si comprendió que la paternidad de Dios significaba que ella sería la Madre de los hombres, no lo sabemos. Pero, ciertamente dieciocho años más tarde, en la segunda escena, en la fiesta de las bodas de Cana, llegó a una inteligencia más completa de aquella misión.

¡Qué pensamiento más consolador el que Nuestro Señor, que habló de penitencia, que predicó la mortificación, que insistió sobre el cargar con la cruz cada día y seguirle, daría principio a su vida pública asistiendo a una fiesta de bodas! ¡Qué bello conocimiento de nuestros corazones!

Cuando en el decurso del banquete se agotó el vino, María, siempre interesada por los demás, fue la primera en darse cuenta y en buscar solución a aquella contrariedad. Sencillamente dijo a su Divino Hijo [7]: "No tienen vino". Y Nuestro Señor le respondió: "Mujer, ¿qué nos va en ellos a ti y a mí? Mi hora no ha llegado aún" "Mujer, ¿qué me va a mí?" No la llamó, Madre, sino Mujer. El mismo título iba a recibirlo tres años más tarde.

Era como decirle: "Me pides hacer una cosa que me pertenece como Hijo de Dios. Me pides hacer un milagro que sólo Dios puede hacer; me pides que ejercite mi divinidad que está relacionada con toda la humanidad, esto es, como Redentor. Pero, una vez que la divinidad obra para la salvación del mundo, tú vienes a ser no sólo mi Madre sino la Madre de la Humanidad redimida. Tu maternidad física pasa al mundo más espacioso de la maternidad espiritual, y por este motivo te llamé "Mujer." Y para probar que su intercesión era poderosa en ese papel de su maternidad universal, mandó que las ánforas se llenasen de agua, y según la frase del poeta Crashaw [8], se obró el primer milagro: "el agua consciente vio a su Dios y enrojeció"

La tercera escena aconteció dos años después. Un día que Nuestro Señor estaba predicando, alguien interrumpió su discurso diciendo [9]: "Tu madre está fuera, buscándote". Nuestro Señor contestó: ¿Quién es mi madre? "Y extendiendo sus manos hacia sus discípulos añadió: "Estos son mi madre y mis hermanos. Porque cualquiera que hiciera la voluntad de mi Padre que está en los cielos, es mi hermano y mi hermana y mi madre". El significado era evidente. Hay una maternidad espiritual; hay otros lazos que los de la carne; hay otros vínculos además de los del parentesco de sangre;

concretamente, los lazos espirituales que se estrechan a todos aquellos que forman el Reino, en el que triunfan la Paternidad de Dios y la Hermandad de Cristo.

Estas tres escenas culminaron junto a la Cruz cuando María fue llamada "Mujer". Era la segunda Anunciación. En la primera había dicho el Ángel "Salve María". Su Hijo se dirige a ella en la segunda y le dice: "Mujer". Esto no significó que cesase de ser su Madre; ella es siempre la Madre de Dios, sino que su maternidad se agrandaba y se extendía: se convertía en espiritual; se hacía universal porque en este momento se convertía en Nuestra Madre. Nuestro Señor, de un modo que sólo Él pudiera hacerlo, creaba el vínculo donde no existía por naturaleza.

Y ¿cómo vino ella ser la Madre de los hombres? Siendo no sólo Madre sino también la Esposa de Cristo. Él era el nuevo Adán; ella la nueva Eva, y como Adán y Eva engendraron su descendencia natural, que somos nosotros, así Cristo y su Madre formaron en la cruz su espiritual descendencia, que somos nosotros; hijos de María o miembros del Cuerpo místico de Cristo. Dio a luz su primogénito en Belén. Observamos que San Lucas llama a Nuestro Señor "el Primogénito", no porque nuestra Bienaventurada Madre hubiera de tener otros hijos según la carne; sino solamente porque ella había de tener otros hijos según el espíritu. En aquel momento en el cual nuestro Divino Señor la llamó "Mujer" en cierto sentido se convirtió en Esposa de Cristo y daba a luz con dolor su primogénito en el espíritu; y su nombre fue Juan.

¿Quién fue el segundo? No lo sabemos. Pudo haber sido Pedro, pudo haber sido Andrés. Pero como quiera que sea, nosotros estamos entre los millones y millones de nacidos de esta Mujer al pie de la Cruz. Fue ciertamente un cambio desventajoso recibir al hijo del Zebedeo en lugar al Hijo de Dios; pero ciertamente fue más grande nuestra ganancia, porque, mientras ella adquiriría tan sólo unos hijos desobedientes y con frecuencia rebeldes, nosotros conseguimos la más Amante Madre del mundo, la Madre de Dios.

Nosotros somos hijos de María —literalmente, hijos. Ella es nuestra Madre no por título ficticio o por título de cortesía; es nuestra Madre porque ella soportó en aquel preciso momento los sufrimientos de la maternidad para todos nosotros. Y ¿por qué nos la dio Nuestro Señor como Madre? Porque conoció que jamás seríamos santos sin ella. Él vino a nosotros a través de su pureza, y sólo a través de su pureza podemos nosotros volver a Él. No hay Sanctus sin María. Toda víctima que sube a este Altar bajo las especies de pan y vino debe haber dicho el Confiteor y haberse convertido en víctima santa; pero no hay santidad sin María.

Observar que cuando fue dirigida aquella palabra a nuestra Santísima Madre había allí otra mujer que estaba postrada. ¿No os habéis fijado en que prácticamente todas las representaciones de la crucifixión pintan siempre a la Magdalena de rodillas a los pies del crucifijo? Pero jamás habréis visto la imagen de Nuestra Señora postrada. Juan

estaba allí y nos dijo en su Evangelio que ella estaba de pie. Y, ¿por qué estaba de pie? Estaba de pie para servirnos. Estaba de pie para ser nuestro ministro, nuestra Madre.

Si María se hubiese postrado en aquel momento como lo hizo la Magdalena, si al menos hubiese llorado, su dolor habría tenido un alivio, la pena que llora nunca es una pena que rompe el corazón. El que se deshace es el corazón que no puede hallar salida por la fuente de las lágrimas. El corazón que estalla es el que no puede tener un desahogo emocional. Y todo aquel quebranto fue parte del precio de nuestro rescate pagado por nuestra corredentora, María la Madre de Dios.

Y porque nuestro Señor quería que hiciese con nosotros las veces de Madre, la dejó en este mundo cuando Él subió a los cielos, para que ella pudiera criar a la Iglesia naciente. La Iglesia "niña" necesitaba de una Madre, exactamente como el "infante" Cristo.

Ahora está coronada en el cielo como Reina de los Ángeles y de los Santos, convirtiendo el cielo en otra fiesta de bodas de Caná, donde intercede con su Divino Salvador a favor de nosotros, sus otros hijos, hermanos de Cristo, e hijos del Padre celestial.

¡Virgen Madre! Qué hermosa conjunción de virginidad y maternidad supliendo la una lo que le falta a la otra. A la virginidad sólo le falta algo; hay cierta carencia de ella. La maternidad sola pierde algo, hay una entrega, el deshojarse de un capullo. ¡Oh si se juntasen de tal modo la virginidad que nunca perdiese nada...! Lo tenemos en María la Virgen Madre. Virgen por la sombra del Espíritu Santo en Nazaret y en Pentecostés; Madre por los millones de descendientes, de Jesús hasta tú y yo.

No se trata aquí de confundir a Nuestra Señora con Nuestro Señor. Veneramos a Nuestra Madre, adoramos a Nuestro Señor. Pedimos a Jesús aquellas cosas que sólo Dios puede conceder: misericordia, gracia, perdón. Y pedimos que María quiera interceder por nosotros con Él y especialmente a la hora de la muerte. Por esa proximidad a Jesús que su misión envuelve, sabemos que nuestro Señor oye especialmente sus ruegos. A ningún otro santo le podemos hablar como un hijo a su Madre. Ninguna otra virgen o mártir o confesor ha sufrido tanto por nosotros como ella sufrió; ninguno ha cimentado mejor que ella sus derechos a nuestro amor y a su patrocinio.

Mediadora de todas las gracias, todos los favores nos vienen de Jesús por medio de ella, como por ella nos vino el mismo Jesús. Queremos ser santos; pero conocemos que no hay santidad sin ella, porque ella fue el don que nos hizo Jesús en el Sanctus de su Cruz. No hay mujer que pueda olvidar jamás al hijo de sus entrañas. María ciertamente no puede olvidarnos. Por eso nosotros llevamos profundamente grabado en nuestros corazones que siempre que ella ve un niño inocente en la mesa de la Primera Comuni3n, o un pecador arrepentido caminando hacia la cruz o un corazón deshecho rogando que

el agua de su vida malgastada se convierta en el vino del amor de Dios, ella, María, escucha aquella palabra: "Mujer, he ahí a tu hijo".

PARTE CUARTA

LA CONSAGRACIÓN

"¿Dios mío, Dios mío por qué me has abandonado?" (Mat., 27, 46)

La cuarta Palabra es la Consagración de la Misa del Calvario. Las tres primeras fueron dirigidas a los hombres, pero las cuatro últimas fueron dirigidas a Dios. Nos hallamos ahora en los momentos finales de la Pasión. Al pronunciar la Cuarta Palabra, en todo el Universo, no hay más que Dios y Él mismo. Es la hora de las tinieblas. De repente de entre su negrura rompe el silencio el grito tan terrible, tan inolvidable, que aun aquellos que no entendieron el dialecto recordaban su extraño acento: Elí, Eli, Lamma sabacthani. Lo recordaban así como una ruda interpretación del hebreo, porque no pudieron jamás apartar de sus oídos el sonido de aquellos acentos durante todos los días de su vida.

Las tinieblas que cubrían la tierra en aquel momento, fueron solamente un símbolo externo de la oscura noche del interior de su alma. Bien puede, por cierto, el sol ocultar su rostro ante el terrible crimen del deicidio. La verdadera razón por la cual se hizo la tierra fue para que en ella se erigiese una Cruz. Y ahora que la Cruz se alzó, la creación siente el dolor y entra en tinieblas. Pero, ¿por qué el grito de las tinieblas? ¿Por qué el grito de abandono: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?. Fue el grito de la expiación del pecado. El pecado es la separación, el divorcio, el original divorcio de la unidad con Dios, del cual se han derivado los demás divorcios.

Desde el momento en que Él vino a la tierra a redimir a los hombres del pecado, era muy lógico que sintiera este abandono, esta separación, este divorcio. Lo sintió primeramente dentro, en su alma; como la base de la montaña, si fuera consciente, podría sentir el abandono del sol si una nube se ciñe todo alrededor, aun cuando sus picos más altos brillen radiantes de luz. No había pecado en alma, pero desde que Él quiso sentir en sí el efecto del pecado, una terrible sensación de abandono y soledad se apoderó de Él. La soledad de vivir sin Dios.

Renunciando a la divina consolación, que podría haber tenido, se sumergió en un terrible desamparo humano para pagar por la soledad del alma que ha perdido a Dios por el pecado; por la soledad del ateo que dice que no hay Dios; por la soledad del hombre que traiciona su fe cegado por las cosas visibles; y por la angustia de los corazones de todos los pecadores que tienen nostalgia de Dios. Él llegó hasta redimir a aquellos que no confiarían, que en sus penas y miserias increparían y abandonarían a Dios gritando: "¿Por qué esta muerte? ¿Por qué tenía yo que perder mi propiedad? ¿Por qué tengo que sufrir?" Él satisfacía por todos esos que exigen a Dios un por qué.

Y para mejor revelar la intensidad del sentimiento de abandono, lo manifestó con una señal externa. Puesto que el hombre se había separado de Dios por el pecado, Él, en satisfacción, permitió que su sangre fuera separada de su cuerpo. El pecado había entrado en la sangre del hombre; y como si todos los pecados del mundo hubiesen entrado en Él, drenó el cáliz de su cuerpo de su sangre sagrada. Casi le podemos oír exclamar: Padre, este es mi cuerpo; esta es mi sangre. Están siendo separados uno de otro, como la humanidad se ha separado de Ti. Esta es la consagración de mi Cruz.

Lo que sucedió aquel día en la Cruz, está sucediendo ahora en la Misa, con esta diferencia: en la Cruz estaba solo; en la Misa está con nosotros. Él ahora está en el cielo a la diestra del Padre intercediendo por nosotros. Por tanto no puede sufrir en su naturaleza humana. ¿Cómo puede entonces la Misa ser la repetición del Calvario? ¿Cómo puede Cristo renovar la Cruz? No puede sufrir de nuevo en su naturaleza humana propia, que en el cielo está gozando la felicidad; pero puede sufrir de nuevo en nuestras naturalezas humanas. No puede renovar el Calvario en su cuerpo físico, pero le puede renovar en su Cuerpo místico, la Iglesia. El Sacrificio de la Cruz puede renovarse, supuesto que nosotros le demos nuestro cuerpo y nuestra sangre, y que se lo demos tan completamente como si fuera el suyo propio, y como tal puede ofrecerse a sí mismo de nuevo a su Padre celestial por la salvación de su Cuerpo místico, de la Iglesia.

Y así Cristo va por el mundo recogiendo otras naturalezas humanas que quieran ser Cristos. Para que nuestros sacrificios, nuestras penas, nuestros Gólgotas, nuestras crucifixiones no queden aisladas, dislocadas, inconexas, la Iglesia las reúne, las amontona, las unifica, las amasa, y esta masa de todos nuestros sacrificios, de todos, y cada uno de nosotros, se une con el Sacrificio de Cristo en la Cruz, en la Misa.

Cuando asistimos a la Misa no somos individuos de la tierra o unidades solitarias, sino partes vivas de un gran orden espiritual en el cual el Infinito penetra y envuelve lo finito, el Eterno irrumpe en lo temporal, y el Espíritu se viste de las ropas de la materialidad. Nada más solemne existe en la faz de la tierra de Dios que el momento de la Consagración; porque la Misa no es una plegaria, ni un himno, no algo que se dice, es un Acto Divino con el cual nosotros entramos en contacto en un momento dado del tiempo.

Podemos ilustrar imperfectamente el pensamiento con el ejemplo de la radio. El aire está lleno de música y palabras. No las hemos puesto nosotros en él; pero, si queremos, podemos establecer contacto con ellas sintonizándolas con nuestro aparato. Así en la Misa. Es un singular, único Acto Divino; pero con El podemos ponernos en contacto cada vez que representado y repetido en la Santa Misa.

Cuando se hace el troquel de una medalla o una moneda, la medalla es lo material, la representación visible de la idea espiritual que existió en la mente del artista. Pueden hacerse innumerables reproducciones de este original cada vez que una nueva pieza de

metal se coloca en contacto con él, y se vacía de él. No obstante la multiplicidad de las medallas hechas, el molde es el mismo. De igual manera en la Misa. El molde —el Sacrificio de Cristo en el Calvario— es repetido en nuestros altares cuando cada ser humano es puesto con Él en el momento de la Consagración. Pero el sacrificio es uno y el mismo, a pesar de la multiplicidad de las Misas. La Misa es pues la comunicación del Sacrificio del Calvario con nosotros, bajo las especies del pan y del vino.

Nosotros estamos en el altar bajo las apariencias de pan y de vino, porque ambas son el sostén de la vida. Y por eso, dando lo que nos da la vida, estamos simbólicamente dándonos a nosotros mismos. Además, el trigo debe ser molido para convertirse en pan, y la uva debe ser prensada para convertirse en vino. Y por eso ambos son representativos de los cristianos que están llamados a sufrir con Cristo, para que puedan reinar con Él.

Al acercarse la Consagración de la Misa Nuestro Señor está diciéndonos equivalentemente, "Tú, María; tú Pedro... vosotros, todos... Dadme vuestro ser entero. Yo ya no puedo sufrir. Yo pasé por mi Cruz y llené hasta el tope los sufrimientos de mi cuerpo físico, pero no llené los que pertenecían a mi Cuerpo místico, en el cual estás tú. La Misa es el momento en que cada uno de vosotros podéis cumplir literalmente mi mandato. Toma tu cruz y sígueme".

En la Cruz nuestro Divino Señor te estuvo mirando a ti con la esperanza de que un día quisieras entregarte a Él en el momento de la Consagración. Hoy en la Misa esta esperanza, acariciada sobre ti por Nuestro Señor, se ve cumplida. Cuando asistes a la Misa espera que le haga a Él la entrega de tu ser.

Así, cuando el momento de la Consagración, el sacerdote, obediente a la voz del Señor haced esto en memoria mía, toma el pan en sus manos y dice: Esto es mi cuerpo, y luego sobre el cáliz del vino dice: Este es el caliz de mi sangre del nuevo y eterno testamento. No ha consagrado el pan y el vino a la vez, sino por separado.

La Consagración separada del pan y del vino es una simbólica representación de la separación del cuerpo y sangre, y como la crucifixión entraña precisamente este misterio, el Calvario es renovado en el altar. Pero Cristo, como se ha dicho, no está solo en el altar. Estamos con Él. Y por eso las palabras de la Consagración tienen un doble sentido. El primero es: "Este es el cuerpo de Cristo, esta es la sangre de Cristo". Pero su significación secundaria es: "Este es mi cuerpo, esta es mi sangre".

¡Tal es la finalidad de la vida! Redimirnos a nosotros en unión con Cristo; aplicarnos sus méritos a nuestras almas, siendo como Él en todas las cosas, hasta en su muerte de Cruz. Él pasó por su

Consagración en la Cruz para que nosotros pasemos por la nuestra en la Misa. No hay nada más trágico en todo el mundo que el dolor malgastado. Piensa cuanto se sufre en los hospitales, cuánto sufren los pobres, los desamparados. Piensa también cuántos de esos sufrimientos se pierden. ¿Cuántas de esas almas solitarias, doloridas, abandonadas, crucificadas, están diciendo con Nuestro Señor en el momento de la Consagración: "Esto es mi cuerpo, tómallo?" ¡Y sin embargo, esto es lo que todos nosotros deberíamos hacer en ese instante! Yo me entrego a ti, Señor, aquí está mi cuerpo: Tómallo. Aquí está mi sangre: Tómala. Aquí está mi alma, mi voluntad, mi fuerza, mi propiedad, mi salud, todo cuanto tengo. Es tuyo Señor. Tómallo, conságralo, ofrécelo. Ofrécelo contigo al Padre celestial para que, echando una mirada a este gran sacrificio vea solamente a ti, su Hijo amado, en quien tiene todas sus complacencias.

Transmuta el pobre pan de mi vida en tu vida. Enciende el vino de mi gastada vida en tu divino espíritu. Une mi roto corazón con tu corazón. Cambia mi Cruz en tu crucifijo. Que mis abandonos y mis pruebas y mis dolores no se pierdan. Recoge sus fragmentos. Y, como la gota de agua es absorbida por el vino en el Ofertorio de la Misa, sea mi vida absorbida por la tuya; sea mi pequeña cruz engastada en tu gran Cruz para que pueda yo gozar los gozos de la vida eterna en unión con Vos.

Consagrad estas pruebas de mi vida, que quedarían sin valor de no unir las con Vos. Transubstanciadme, de tal manera que, como el pan que es ahora vuestro cuerpo y el vino que es ahora vuestra sangre, yo también sea vuestro. No me preocupa si las especies permanecen, o que, como el pan y el vino, yo aparezca a los ojos humanos el mismo de antes, mi puesto en la vida, mis deberes diarios, mi trabajo, mi familia. Todo eso no son sino las apariencias o especies de mi vida, que pueden quedar intactas; pero la sustancia de mi vida, mi alma, mi entendimiento, mi voluntad, mi corazón, cámbialos Señor, transfórmalos todos para tu servicio, de modo que, a través de mí, todos puedan comprender cuán suave es el amor de Cristo. Amén.

PARTE QUINTA

LA COMUNIÓN

"Tengo sed" (Jn., 19, 28)

Nuestro Señor llega a la Comunión de su Misa cuando de las profundidades de su Sagrado Corazón profiere el grito: Tengo sed. Esta no era ciertamente una sed de agua; porque la tierra es suya y todo lo que en ella se contiene; no fue una sed de los escasos alivios de la tierra, porque Él encerró los mares en sus fronteras cuando estallaban con furia. Por eso, al ofrecerle la bebida, Él la tomó. Era otra clase de sed la que le torturaba. Estaba sediento de las almas y los corazones de los hombres.

El clamor fue un clamor por la comunión, la última de una larga serie de llamadas del Pastor buscando a los hombres. El hecho mismo de manifestarse en la forma del más punzante de todos los humanos sufrimientos, es decir, la sed, demuestra la medida de su profundidad y de su intensidad. Los hombres pueden hambrear a Dios, pero Él tiene sed de los hombres. Tuvo sed del hombre cuando le llamó a la amistad con su divinidad en el jardín del Paraíso; tuvo sed del hombre en la Revelación, cuando trató de ganarse los corazones extraviados de los hombres manifestándoles los secretos de su amor; tuvo sed del hombre en la Encarnación cuando Él se hizo uno con el amado y fue visto en la forma y en el traje de hombre.

Ahora estaba sediento del hombre en la Redención, porque nadie tiene mayor amor que aquel que da la vida por sus amigos. Era el llamamiento final a la comunión antes de que bajase el telón en el gran Drama de su Vida terrena. Todas las miríadas de amores de los padres a los hijos, de los esposos entre sí, fundidos en un solo gran amor, serían una mínima fracción del amor que Dios siente por el hombre en este grito de sed. Significa de un golpe, no sólo cuánto suspiraba por los humildes, por los corazones hambrientos y por las almas vacías, sino también cuán intenso era su deseo de satisfacer nuestras más profundas ansiedades.

Realmente nada tendría de misteriosa nuestra sed por Dios, pues ¿no ha de suspirar el ciervo por la fuente, el girasol no ha de orientarse hacia el astro rey, y no han de correr los ríos hacia el mar? Pero que Él nos ame, sabiendo nuestros deméritos y cuán poco vale nuestro amor ¡eso sí que es misterio! Y sin embargo, ese es el significado de la sed de Dios por la comunión con nosotros. Ya lo había dicho en la parábola de la oveja perdida, cuando afirmó que no estaba satisfecho con las 99; solamente la oveja perdida podía darle alegría completa.

Ahora manifestaba la misma verdad desde la Cruz. Nada puede satisfacer por completo su sed sino el corazón de todo hombre, de toda mujer, de todo niño, pues fueron hechos para Él, y por lo tanto no pueden sentirse jamás felices hasta que encuentren el descanso en Él.

La base de esta súplica de comunión es el amor; porque el amor, por su propia naturaleza, tiende a la unión. El mutuo amor de los ciudadanos engendra la unidad del Estado. El amor del hombre y la mujer produce la unidad de dos en una carne. El amor de Dios por el hombre reclama, pues, la unidad basada sobre la Encarnación; esto es la unidad de todos los hombres en el cuerpo y en la sangre de Cristo. Y por eso, para sellar su amor con nosotros, Dios se nos da asimismo en la Santa comunión; de tal modo que así como su humana naturaleza, tomada en el seno de la Bienaventurada Madre, se unió a Él en su única persona, así Él y nosotros, tomados del seno de la humanidad, pudiéramos ser uno en la unidad del Cuerpo místico de Cristo. Por eso nosotros usamos la palabra "recibir" cuando hablamos de la comunión con nuestro Dios en la Eucaristía,

porque literalmente "recibimos", vida divina; exactamente y tan real y verdadera como el niño recibe la vida de su madre.

Toda vida es sustentada por la comunicación con una vida más alta. Si las plantas pudieran hablar dirían a la humedad y al sol: "Hasta que no entréis en comunión conmigo, siendo poseídos por mis más altas leyes y poderes, no tendréis vida en vosotros." Si los animales pudieran hablar dirían a las plantas: "Si no entráis en comunión con nosotros tampoco tendréis vida superior en vosotras." Nosotros decimos a toda la creación inferior; "Si no entráis en comunión conmigo no participarás de mi vida humana."

¿Por qué, pues, no habría de decirnos a nosotros Nuestro Señor: "Mientras no entréis en comunión conmigo no tendréis vida en vosotros?" Lo inferior se transforma en lo superior, las plantas en los animales, los animales en el hombre, y el hombre en el modo más elevado, "se diviniza" totalmente —si puedo usar esta expresión— a través de la vida de Cristo. Comunión, pues, es, ante todo, el recibir la Vida divina; una vida para la cual nosotros no tenemos más títulos que los que tiene el mármol para florecer. Es un puro regalo del todo misericordioso Dios, que nos amó tanto que quiso unirse a nosotros, no con los lazos de la carne, sino con los lazos inefables del Espíritu, donde el amor no conoce hastío sino únicamente éxtasis y gozo. Sí, como Nazaret y Belén, no le recibiéramos en nuestras almas, ¡oh, cuán pronto nos hubiéramos olvidado de Él! Ni dones, ni retratos suplen la persona amada. Nuestro Señor bien lo sabía. Necesitábamos de Él, y por eso se nos entregó a sí mismo.

Pero hay otro aspecto en la comunión en el que raras veces pensamos. La comunión implica no solamente recibir la Vida Divina, significa también entrega a Dios de la vida humana. Todo amor es recíproco. No hay amor unilateral, porque el amor por su misma naturaleza pide retorno. Dios tiene sed de nosotros, y esto significa que el hombre debe tener también sed de Dios. Pero, ¿pensamos alguna vez que Cristo recibe la comunión de nosotros? Siempre que vamos al comulgatorio decimos que "recibimos" la Comunión; y esto es todo lo que muchos de nosotros hacemos; únicamente: "recibir la Comunión". Sin embargo, hay otro aspecto en la comunión que el de recibir la Vida Divina, del cual habla San Juan. San Pablo completa la doctrina en su Epístola a los Corintios. La comunión no es sólo la incorporación a la Vida de Cristo, es también la incorporación a su Muerte^[10]: Siempre que comáis de este pan y bebáis de este tino anunciaréis la muerte del Señor hasta que Él venga,

La vida natural tiene dos aspectos: el anabólico y el catabólico^[11]. También la vida sobrenatural los tiene: el edificar conforme al Cristo Modelo —el nuevo Adán— y el destruir el viejo Adán. La Comunión, pues, implica no sólo recibir sino también dar. No puede haber ascenso a una vida más alta sin morir a la propia, más baja. El Domingo de Pascua ¿no presupone el Viernes Santo? ¿No implica todo amor la mutua entrega que termina en el propio recobrase? Siendo esto así, ¿no debe ser el comulgatorio un lugar

de intercambio en vez de ser un lugar donde solamente se recibe? ¿Será toda la Vida el darse Cristo a nosotros y no darle nada en retorno? ¿Habremos de agotar el cáliz y no contribuir a llenarle con nada? ¿Habremos de recibir el pan sin dar el trigo para ser molido, o recibir el vino sin dar las uvas para ser prensadas? Si todo lo que hacemos durante nuestras vidas es recibir la Vida Divina para llevárnosla y no dejar nada en cambio, seremos parásitos en el Cuerpo místico de Cristo.

El mandato paulino nos manda llenar en nuestro cuerpo lo que le falta a la Pasión de Cristo. Debemos pues llevar espíritu de sacrificio a la mesa de la Eucaristía; debemos aportar la mortificación de nuestro "yo" interior; las cruces pacientemente soportadas, la "crucifixión" de nuestros egoísmos, la muerte de nuestra concupiscencia y hasta la misma dificultad de acercarnos a la Comunión. Entonces será la comunión lo que siempre pretendió ser, concretamente, un intercambio entre Cristo y el alma, en el que nosotros damos su Muerte manifestada en nuestras vidas y Él nos su Vida manifestada en nuestra filiación adoptiva. Le damos nuestro tiempo, nos da la eternidad. Le damos nuestra humanidad, nos da su Divinidad. Le damos nuestra nada y nos da su todo.

¿Entendemos bien la naturaleza del amor? ¿No hemos nosotros prorrumpido algunas veces, en grandes momentos de cariño a un niño pequeño, en un lenguaje que puede variar pero que expresa esta idea: "Quiero tanto a este niño que es como si lo tuviese dentro de mi corazón?" ¿Por qué? Porque todo amor tiende a la unión. En el orden natural Dios ha querido que acompañe intenso placer a la unión física. Pero es nada comparado con la unión del espíritu cuando la divinidad pasa a la humanidad y la humanidad a la divinidad, cuando nuestro querer va hacia Él y El viene hasta nosotros, de modo que dejamos de ser hombres y comenzamos a ser hijos de Dios.

Si ha habido, pues, en vuestra vida alguna vez un momento en que un delicado y noble afecto os hizo sentir como si hubieseis sido levantados al tercer o séptimo cielo^[12]; si ha habido alguna vez en vuestra vida un tiempo en que el elevado amor de un hermoso corazón os asumió en el éxtasis; si alguna vez amasteis de verdad un corazón humano, pensad, os pregunto, lo que debe ser estar unidos con el gran Corazón del Amor. Si el corazón humano en todas sus nobles, delicadas y cristianas riquezas puede estremecer así, ennoblecernos así, y extasiamos hasta ese punto, ¿qué será el gran Corazón de Cristo? ¡Oh, si la chispa es tan brillante, cómo será la llama!

¿Comprendemos en su totalidad hasta qué punto la Comunión está ligada al Sacrificio, tanto por parte del Señor como por parte nuestra, sus pobres y débiles criaturas? La Misa hace las dos cosas inseparables. No hay Comunión sin Consagración. No recibimos el pan y el vino que ofrecemos hasta que hayan sido transubstanciados en el Cuerpo y en la Sangre de Cristo. La Comunión es la consecuencia del Calvario, esto es, vivimos de lo que sacrificamos. Todo en la naturaleza atestigua esta verdad. Nuestros cuerpos viven sacrificando los animales de los campos y las plantas de las huertas. Gozamos de

la vida por su inmolación. No las matamos por destruir sino para perfeccionar; las sacrificamos para la comunión.

Y ahora, por una hermosa paradoja del Divino Amor, Dios convierte su Cruz en el gran medio de nuestra salvación. Nosotros le matamos, le clavamos allí, le crucificamos; pero no quiso el Amor ser derrotado en su eterno Corazón. Quiso darnos la misma vida que quitábamos; darnos el alimento que destruíamos; nutrirnos con el Cuerpo que sepultábamos. Trocó nuestro crimen en una "feliz culpa"; convirtió la Crucifixión en Redención; la Consagración en Comunión; la muerte en vida eterna.

Y esto es precisamente lo que hace del hombre el mayor misterio. No es un misterio el que el hombre había de ser amado, sino por qué él no paga amor con amor, ese es el gran misterio. ¿Por qué Nuestro Señor es el No Amado? ¿Por qué no se ha de amar al Amor? ¿Por qué siempre que Él clama Tengo sed, nosotros le damos hiel y vinagre?

PARTE SEXTA

EL "ITE MISSA EST"

"Todo está consumado" (Jn., 20, 30)

Nuestro Divino Salvador llega al Ite Missa est de su Misa cuando profiere el grito de triunfo: Todo está consumado. Está terminada la obra de la salvación, pero ¿cuándo comenzó? Comenzó muy atrás, en los albores de lo eterno, cuando Dios quiso hacer al hombre. Siempre, desde el principio del mundo, existió la Divina "impaciencia" por atraer al hombre a los brazos de Dios. El Verbo estaba impaciente en el cielo por ser el Cordero inmolado desde el principio del mundo. Impaciente en las figuras y símbolos proféticos cuando su rostro agonizante se reflejaba en centenares de espejos que se prolongaban a través de toda la historia del Antiguo Testamento. Impaciente por ser el verdadero Isaac llevando la leña de su sacrificio: obediencia al mandato de su Abrahán Celestial. Impaciente por llenar el místico significado del Cordero Pascual de los judíos, muerto sin que se quebrantase ninguno de los huesos de su cuerpo.

Impaciente por ser el nuevo Abel sacrificado por sus envidiosos hermanos de la raza de Caín, para que su sangre pudiese clamar al cielo pidiendo perdón. Impaciente en el seno de su madre cuando saludó a su Precursor Juan. Impaciente en la Circuncisión anticipando el derramamiento de sangre y recibiendo el nombre de Salvador. Impaciente cuando a los doce años recordó a su Madre que Él debía ocuparse en las cosas de su Padre celestial. Impaciente en su vida pública, como lo manifestó diciendo que tenía un bautismo con el cual debía ser bautizado y que estaba torturado hasta que lo recibiese. Impaciente en su última Cena cuando anticipó la separación entre su cuerpo y su sangre bajo las apariencias de pan y de vino. Y, en fin, saciada su impaciencia, cuando al terminar esta última Cena vio llegar la hora de las tinieblas, y entonó un canto. Fue la única vez que cantó, cuando fue a su muerte.

Poco importaba para el mundo si las estrellas lucían brillantes, si las montañas se erguían como símbolo de fortaleza, si las colinas pagaban tributo a los valles que les dieron nacimiento. Lo que importaba era que cada una de las palabras que sobre Él se habían dicho por los profetas resultaron verdaderas. Los cielos y la tierra no pasarán mientras no se haya cumplido una jota o un ápice[13]. Quedaba una pequeña jota; era una palabra de David la que estaba a punto de cumplirse para que todo estuviese acabado. Y ahora, que también esa se había cumplido, Él, el verdadero David, citó al David profético: Está consumado.

¿Qué es lo que está terminado? Se ha terminado la Redención del mundo. El amor ha completado su misión, porque el Amor ha dado todo cuanto puede. Dos cosas hay que puede hacer el amor. El amor por su misma naturaleza tiende a la Encarnación, y toda encarnación tiende a la crucifixión. ¿No tiende todo amor verdadero a una Encarnación? En el orden del amor humano, ¿no crea el afecto del marido por su mujer, como producto de su mutuo amor, la encarnación del amor confluyente de ambos en la forma de un hijo? Una vez que se ha engendrado al hijo, ¿no hacen sacrificios por él hasta llegar a la muerte? Y así su amor tiende a una crucifixión.

Pues eso es exactamente un reflejo del orden divino, en el que el amor de Dios por el hombre fue tan intenso y profundo que terminó en una Encarnación, que incorporó a Dios la forma y la forma y el hábito de hombre, a quien Él amaba. Pero el amor de Dios por el hombre no se detuvo en la Encarnación. A diferencia de cualquier otro nacido, Nuestro Señor entró en este mundo para redimirle. La muerte era el blanco supremo que iba persiguiendo. La muerte interrumpe los planes de los grandes hombres; pero no interrumpió los de Nuestro Señor; era su coronamiento glorioso; era el único objetivo que iba buscando.

Su Encarnación, pues, tendía a la Crucifixión, porque nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos.[14] Ahora, que el amor ha terminado su carrera con la Redención del hombre, al Amor Divino puede exclamar: "He hecho por mi viña todo cuanto podía hacer". Al amor no le queda más que acabar de dar la vida. Todo se ha consumado. Ite Missa est.

Su trabajo está terminado, ¿pero el nuestro? Cuando Él dijo: Se ha consumado, no pretendió significar que ya no le quedaban posibilidades de obrar. Él significó que su obra estaba tan perfectamente cumplida que nada podía ya añadirse para hacerla perfecta; pero entre nosotros qué pocas veces es esto verdad. Muchos de nosotros acabamos nuestras vidas, pero pocas las vemos terminadas. Una vida de pecado puede terminar, pero una vida de pecado no es una vida terminada.

Si nuestra vida solamente "termina", nuestros amigos preguntarán: "¿Cuánto dejó?" Pero si nuestra vida está terminada, los amigos comentarán: "¿Cuánto llevó consigo!" Una vida cumplida se mide no por los años sino por los hechos; no por el tiempo gastado

en la viña sino por el trabajo realizado. En corto tiempo un hombre puede llenar muchos años; aun incluso aquellos que llegaron a la hora undécima pueden llenar sus vidas en el reino de los cielos. No harán suya la amarga frase de dolor [\[15\]](#): "Demasiado tarde, ¡oh hermosura antigua, te he amado!"

Terminó el Señor su obra; pero nosotros no hemos terminado la nuestra. Señaló el camino que nosotros debemos seguir. Al terminar tendió su Cruz, pero nosotros debemos levantarla. Terminó la Redención en su cuerpo físico, pero nosotros no la hemos acabado en su Cuerpo místico. Él ha terminado la Salvación, pero nosotros no la hemos aplicado todavía a nuestras almas. Ha terminado el Templo, pero nosotros debemos vivir en él. Ha terminado el modelo de la Cruz, pero nosotros debemos troquelarnos en ese molde. Ha terminado la siembra de la semilla, pero nosotros tenemos que madurar la cosecha. Ha terminado de llenar el cáliz, pero nosotros no hemos terminado de apurar su confortante bebida. Ha plantado el campo de trigo, y nosotros debemos recogerlo en nuestros graneros. Ha terminado el Sacrificio del Calvario, y nosotros hemos terminado el de la Misa.

La Crucifixión no trataba de ser un drama inspirador, sino un acto modelo en el cual nosotros vaciásemos nuestras vidas. Nosotros no debemos pretender sentarnos y mirar a la Cruz como algo hecho y terminado, cual si fuera la vida de Sócrates. Lo que hizo en el Calvario nos aprovecha solamente en la medida en que lo repitamos en nuestras vidas.

Esto lo hace posible la Misa, porque, al renovarse el Calvario en nuestros altares, nosotros no somos espectadores sino participantes en la Redención; y en los altares es donde nosotros terminamos nuestro trabajo. Él nos dijo [\[16\]](#): Cuando yo fuere levantado en la Cruz, todo lo atraeré a Mí. Terminó su Obra cuando fue levantado en la Cruz; terminamos la nuestra cuando le permitimos atraernos a Él en la Misa.

Es la Misa la que hace a la Cruz visible a todos los ojos; la que coloca Cruz en la encrucijada de la civilización; trae tan cerca el Calvario que hasta los pies cansados pueden hacer la jornada para abrazarla suavemente; todas las manos pueden ahora levantarse hasta tocar su carga sagrada; todos los oídos pueden escuchar su dulce llamamiento, porque la Misa y la Cruz son lo mismo. En ambos hay el mismo ofrecimiento de la voluntad, perfectamente sometida, del Hijo amado; el mismo cuerpo destrozado, la misma sangre derramada, el mismo Perdón divino. Todo lo que se ha dicho y hecho y armado durante la Santa Misa ha sido para que nos lo llevemos, vivamos, practiquemos y apropiemos a todas las circunstancias y condiciones de nuestro vivir diario. Su Sacrificio se ha hecho nuestro sacrificio al juntar nuestra oblación con la suya; su Vida, dada por nosotros, se convierte en nuestra vida dada por Él. Así volvemos de la Misa como quienes han tomado su determinación, vuelta la espalda al mundo, y convertidos para la sociedad en que vivimos en otros Cristos

vivientes, testimonios poderosos dados al Amor, que murió para que nosotros pudiésemos vivir el Amor.

Nuestro mundo está lleno de catedrales góticas incompletas, de vidas medio terminadas, de almas medio crucificadas. Algunos llevan la cruz hasta el Calvario, pero allí abandonan; otros son clavados en ella pero se desclavan antes de la elevación; otros estaban ya crucificados en alto, pero cediendo a los ataques del mundo: "Bájate de la Cruz", bajan después de una hora... dos horas... dos horas cincuenta y nueve minutos. Los verdaderos cristianos son aquellos que perseveran hasta el fin. Nuestro Señor estuvo hasta que terminó.

El sacerdote debe, de igual manera, permanecer en el altar hasta que la Misa esté acabada. No puede bajar. Así nosotros debemos estar en la cruz hasta que nuestras vidas acaben. Cristo en la Cruz es el molde y el patrón de una vida terminada. Nuestra humana naturaleza es la materia prima, nuestro querer es el cincel; la gracia de Dios es la fuerza y la inspiración.

Aplicando el cincel a nuestra naturaleza no terminada, tenemos que comenzar arrancando feos bloques de la soberbia; después con cinceles más delicados debemos pulir pedacitos de egoísmo, hasta que al fin baste un toque suave de la mano para dejar terminada la obra maestra —un hombre terminado, hecho a imagen y semejanza— del patrón de la Cruz. Estamos en el altar bajo el símbolo del pan y el vino. Nos hemos ofrecido al Señor y Él nos ha consagrado.

Por eso no debemos disponer de nuevo de nosotros, sino permanecer en el sacrificio hasta el fin, pidiendo sin cesar que, cuando la administración de nuestra vida haya terminado y echemos una mirada a la vida vivida en intimidad con la cruz, el eco de la Sexta Palabra pueda resonar en nuestros labios: Está consumado.

Y cuando los suaves acentos de este *Ite Missa est*, hayan traspuesto los corredores del tiempo y atravesado las ocultas murallas de la eternidad, los coros angélicos y el blanco ejército de la Iglesia Triunfante contestarán desde atrás: *Deo gratias*.

PARTE SEPTIMA

EL ÚLTIMO EVANGELIO

"Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu" (Luc., 23, 46)

Es una hermosa paradoja que el último Evangelio [\[17\]](#) nos vuelva al principio, pues comienza con estas palabras: En el principio. Así es la vida. El término de esta vida es el comienzo de la futura. Con toda propiedad la última Palabra de Nuestro Señor fue su último evangelio: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Como el último evangelio de la Misa también éste vuelve al Señor al principio, porque ahora regresa al Padre del cual salió. Había terminado su Obra. Comenzó su Misa con la palabra Padre y la termina con la misma.

"Todo lo perfecto —dirían los griegos[\[18\]](#)— se mueve circularmente." Como los grandes planetas sólo después de un largo período completan sus órbitas y entonces regresan de nuevo al punto de partida, cual si quisieran saludar a Aquel que los envió a su jornada, así el Verbo Encarnado, que bajó a celebrar su Misa, terminada ahora su carrera terrena, vuelve de nuevo a su Padre celestial que le envió a la jornada de la Redención del mundo. El Hijo Pródigo está a punto de volver a la casa de su Padre, porque ¿acaso no es Él el Hijo Pródigo? Treinta y tres años hace que dejó la Casa de su Padre y las bendiciones del cielo y bajó a esta tierra nuestra, que es un país extranjero, ya que es extranjero todo un país que está fuera de la casa del Padre.

Durante treinta y tres años había gastado su hacienda. Gastó la hacienda de su verdad en la infalibilidad de su Iglesia; gastó la hacienda de su Poder en la autoridad concedida a los Apóstoles y a sus sucesores; gastó la hacienda de su vida en la Redención y en los Sacramentos. Ahora, que hasta la última moneda se ha gastado, vuelve anhelosamente de nuevo los ojos a la Casa Paterna y con un poderoso grito entrega su espíritu en los brazos de su Padre; no con la actitud de uno que se sumerge en las tinieblas sino como quien sabe donde va, al encuentro en el Hogar con su Padre.

En la última Palabra y último Evangelio que le devuelve al principio de todo cuanto comienza, esto es, a su Padre, se manifiesta la historia y el ritmo de la vida. El fin de todas las cosas debe, en cierta manera, volver a sus principios. Como el Hijo vuelve al Padre, como Nicodemo[\[19\]](#) debe renacer; como el cuerpo vuelve al barro, así el alma del hombre, que vino de Dios, debe un día volver a Dios.

La muerte no acaba con todo. La fría tierra que cubre la sepultura no señala el fin de la historia del hombre. El modo como ha vivido en esta vida determina cómo vivirá en la próxima. Si buscó a Dios durante la vida, su muerte será semejante al abrir de la jaula, capacitándole para usar sus alas y volar a los brazos del Amado Divino. Si huyó de Dios durante la vida, la muerte será el principio de una eterna huida de la vida, la verdad y el amor —y eso es el infierno.

Ante el trono de Dios, de quien vinimos a nuestro noviciado terrenal, deberemos comparecer un día a rendir cuentas de nuestro servicio. No habrá criatura humana que, recogida la última gavilla, no sea contada entre los que aceptaron o rechazaron el don de la Redención, y que, en la aceptación o rechazo de ese don, no haya firmado la escritura de su eterno destino.

Como las ventas son comprobadas en la caja registradora al terminar el negocio diario, así nuestros pensamientos, palabras y hechos serán examinados en el juicio final. Si hemos vivido a la sombra de la cruz, la muerte no será un fin sino un principio de la vida eterna; en lugar de una separación será un encuentro; en lugar de una partida será una llegada; en lugar de estar al fin será un último Evangelio, un volver al principio. Cuando una voz susurre "Sal de este mundo", la voz del Padre dirá: "Hijo mío, ven a mí".

Hemos sido enviados a este mundo como hijos de Dios para asistir al Santo Sacrificio de la Misa. Debemos ocupar nuestro puesto a los pies de la Cruz, y como los que junto a ella estuvieron el primer día, habremos de dar cuenta de nuestra fidelidad. El Señor nos ha dado el trigo y las uvas de la vida, y, como los hombres del Evangelio, a quienes se dieron los talentos, tendremos que dar cuenta de este don divino.

Dios nos ha dado nuestras vidas como trigo y uvas. Es nuestro deber consagrarlas y devolverlas a Dios como pan y vino, transubstanciadas, divinizadas y espiritualizadas. Debemos llevar las gavillas en nuestros brazos pasada la primavera de la peregrinación terrena.

Para eso está el Calvario erigido en medio de nosotros, y para eso estamos nosotros en la colina sagrada. No hemos sido hechos para meros espectadores, que jugamos nuestros dados como los verdugos de entonces, sino para ser participantes del misterio de la Cruz.

Si hay algún modo de pintar el Juicio con trazos de la Misa, será describiendo la manera como el Padre felicitó a su Hijo; esto es, recreándose en sus manos. Llevaban la señal del trabajo, los callos de la redención, las llagas salvadoras. Así también, cuando haya terminado nuestra peregrinación terrena y volvamos a nuestro principio, Dios mirará nuestras dos manos. Si en la vida se juntaron con las de su Divino Hijo, llevarán las mismas marcas lívidas de los clavos; si nuestros pies caminaron el mismo camino que lleva a la eterna gloria, a través de un descarnado y espinoso Calvario, ostentarán las mismas llagas; si nuestros corazones latieron al unísono con el suyo, también mostrarán el costado herido que travesó la dura lanza de la envidia humana.

¡Dichosos, sin duda, aquellos que en sus manos estigmatizadas llevan el pan y el vino de sus vidas consagradas, suscritas con la firma y selladas con el sello del amor redentor!

Pero, ¡ay de aquellos que vienen del Calvario con las manos blancas y sin la menor herida!

¡Quiera Dios que cuando acabe la vida, y la tierra se desvanezca como el sueño de quien despierta, y la eternidad anegue nuestras almas con sus resplandores, podamos con fe humilde y triunfante resonar el eco de la última Palabra de Cristo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

Y así se termina la Misa de Cristo. El Confíteor fue su oración al Padre por el perdón de nuestros pecados; el Ofertorio fue la presentación de las pequeñas hostias del ladrón y nuestras en la patena de la Cruz; el Sanctus fue su encomendarnos a María, la Reina de los Santos; la Consagración fue la separación de la Sangre de su Cuerpo y la separación aparente entre su Divinidad y su Humanidad; la Comunión fue su sed de las almas de los hombres; el *Ite Missa est* fue la perfección de la Obra de la Salvación; y el Último Evangelio el retorno al Padre, de donde vino.

Y ahora que se acabó la Misa y ha entregado su espíritu al Padre se dispone a devolver su cuerpo a su Madre bendita a los pies de la Cruz. Así nuevamente el fin será el principio; porque en el principio de su vida terrena ella le meció en sus brazos en Belén y ahora en el Calvario Él ocupará de nuevo su puesto en ellos.

La tierra había sido cruel con Él. Sus pies corrieron tras la oveja perdida y nosotros los horadamos con acero; sus manos nos alargaron el Pan de la eterna vida y nosotros las fijamos con clavos; sus labios hablaron de la verdad y nosotros los sellamos con hiel; vino a darnos la Vida y nosotros se la quitamos. Ese fue nuestro error capital. Nosotros en realidad no se la quitamos. Nosotros tan sólo tratamos de quitársela. Él fue el que espontáneamente la dio. En ninguna parte dicen los Evangelistas que Él murió. Dicen: Entregó su espíritu. Fue una voluntaria y libre donación de su vida.

No era la muerte la que se acercó a Él, fue Él quien se acercó a la muerte. Por eso, al aproximarse el fin, mandó a las puertas de la muerte abrirse para Él en la presencia del Padre. El cáliz se está vaciando gradualmente del rico vino de la salvación. Las rocas de la tierra abren sus agrietados labios para beber, como si estuvieran más sedientas de las aguas salvadoras que de los secos corazones de los hombres; la tierra misma se estremece de horror, porque los hombres han levantado la Cruz de Dios sobre ella. La Magdalena, conforme a su costumbre, se arroja a sus pies, donde la hallarán también la aurora de Pascua; Juan, con el rostro transfigurado como moldeado en el amor, oye los latidos del Corazón cuyos secretos aprendió, amó y enseñó; María medita el abismo entre el Calvario y Belén.

Hace treinta y tres años María contemplaba este Sagrado Rostro; ahora es Él quien la contempla a ella. En Belén los cielos habían buscado la faz de la tierra. Ahora los papeles se han cambiado. El suelo busca la faz del cielo; pero de un cielo marcado con las

cicatrices de la tierra. Él la amaba sobre todas las criaturas del mundo, porque era su Madre y la madre de todos nosotros. Fue para ella su primera mirada al venir a la tierra y será para ella la última mirada al abandonarla. Se encontraron sus ojos con mirada fulgurante de vida y hablaron su lenguaje propio. Hay rompimiento del corazón a través de un éxtasis de amor, luego una cabeza inclinada, un corazón destrozado. En las manos de Dios Él entrega, puro e inocente, su espíritu con una voz fuerte y sonora que canta eterna victoria. Y María en pie, sola; ¡Madre sin Hijo! Jesús ha muerto!

María contempla sus ojos, que son tan claros aun en presencia de la muerte: "Sumo Sacerdote del cielo y de la tierra: Vuestra Misa ha concluido. Dejad el altar de la Cruz y entrad en vuestro Santuario del cielo, ataviado con las ropas de la humanidad, vistiendo el cuerpo como pan y la sangre como vino."

"Ahora ha terminado el Sacrificio. Sonó la campana de la Consagración. Ofrecisteis vuestro Espíritu al Padre y vuestro cuerpo y sangre al hombre. No queda otra cosa que el cáliz vacío. Entrad de nuevo en vuestro Santuario del cielo. Despojaos de las vestiduras de la mortalidad y poneos las blancas ropas de la inmortalidad. Mostrad vuestras manos, pies y costado a vuestro Padre celestial y decidle: "Con esta heridas fui llagado en la Casa de los que me amaban."

"Entrad Sumo Sacerdote en vuestro celeste Santuario; y, como vuestros embajadores de la tierra levantan en alto el Pan y el Vino, así Vos mostraos a Vuestro Padre en amorosa intercesión por nosotros hasta la consumación de los siglos. La tierra ha sido cruel con Vos, pero Vos seréis bueno con la tierra. La tierra os levantó en la Cruz, pero Vos atraeréis a la Cruz la tierra. Abrid la puerta de la celestial sacristía, oh sumo Sacerdote. He aquí que nosotros somos ahora los que estamos a la puerta y llamamos.

¿Y qué diremos a Vos, oh María? María, Vos sois el Ministro del gran Sacerdote. Vos fuisteis su Ministro en Belén. Vos fuisteis su Ministro en la Cruz cuando se convirtió en Pan y en vino por medio de la Crucifixión. Vos sois su Ministro ahora, cuando Él llega del altar de la Cruz trayendo tan solo el cáliz vacío de Sagrado cuerpo.

Cuando el cáliz es colocado en vuestro regazo puede parecer que Belén ha vuelto de nuevo porque es aún vuestro. Pero sólo lo parece, porque Belén era el cáliz cuyo oro tenía que ser probado por el fuego; y ahora es el cáliz cuyo oro ha pasado por los fuegos del Gólgota y del Calvario. En Belén era blanco, como salió del Padre, y ahora es rojo como vuelve de nosotros. Pero Vos sois todavía su Ministro. Y, como Inmaculada Madre de todas las víctimas que van al altar, llevadnos a él puros y conservadnos puros hasta el día en que entremos también en el Santuario del Reino de los cielos, donde Vos seréis nuestro eterno Sacerdote."

Y ahora me dirijo a vosotros, amigos del Crucificado; vuestro Sumo Sacerdote ha bajado de la Cruz, pero nos ha dejado el altar. En la Cruz estaba solo, en la Misa está con

nosotros. En la Cruz sufrió en su Cuerpo físico; en el altar sufre en su Cuerpo Místico, que somos nosotros. En la Cruz fue la única Víctima; en el altar somos todos pequeñas hostias y Él la grande, renovando su Calvario a través de nosotros. En la Cruz fue el vino, y en la Misa somos las gotas de agua unidas al vino y consagradas con Él. En este sentido Él sigue todavía en la Cruz, todavía diciendo su Confiteor con nosotros, todavía perdonándonos, todavía encomendándonos a María, todavía sediento de nosotros, todavía acercándonos al Padre; porque tanto como dure el pecado en la tierra quiere Él que permanezca en la Cruz.

Cuando en torno el silencio me recubre, en las horas del día o de la noche, resuena un grito que me pone tenso, clamor que rueda de la Cruz del Monte.

La vez primera que me hiere, vuelo, ansioso busco, y sólo encuentro un Hombre en congojas de Cruz.

"Te voy a liberar de tus horrores", le gritó, y corro a desclavar sus pies.

Más al punto su voz me sobrecoge:

"¡No! Déjame en la Cruz

Cuando todos los hombres, las mujeres, los niños, a mis pies se congreguen, sólo entonces me podrían desclavar."

Grito: "Mas soportar tus clamores...

No resisto. ¿En qué puedo, di, aliviarte?"

Y escucho: "Vete, tierra y mar recorre, Y

di a todo mortal en tu camino:

¡En la Cruz pende un Hombre!"

Elisabeth Chaney

APENDICE

(POR EL EDITOR)

Monseñor Fulton J. Sheen fue un arzobispo norteamericano, cuya causa de canonización hoy en día está abierta y tramitándose Falleció el 9 de diciembre de 1979, a los 84 años de edad, después de dejar escritos un sin fin de libros, intervenciones radiofónicas y comparencias televisivas, en un programa propio, que se titulaba "La vida merece la pena vivirla". Este programa llegó a tener una cifra record de audiencia, más de 30 millones de televidentes.

En uno de los programas, no sé si televisivo o radiofónico, en que intervino Monseñor Sheen, pocos meses antes de su muerte, el entrevistador, le preguntó: Obispo Sheen, usted inspiró a millones de personas en todo el mundo. ¿Quién fue, o qué fue, lo que más le impactó a Vd. a lo largo de su vida? ¿Fue acaso el Papa actual o el anterior?

Y el obispo le respondió: No fue un Papa, ni un Cardenal, u otro Obispo, y ni siquiera fue un sacerdote o una monja. Fue una niña china de once años de edad.

Entonces el obispo contó la siguiente historia: Cuando los comunistas ocuparon la totalidad de China, su odio al catolicismo, les llevó a encarcelar cuando no a asesinar, a todos los religiosos y religiosas, especialmente a los que no teniendo la nacionalidad china, allí se encontraban. Uno de estos religiosos le contó al obispo Sheen, lo que había pasado en su iglesia.

Le explicó que a él, lo encarcelaron en su propia rectoría cerca de la Iglesia. El sacerdote observó aterrado desde su ventana, como los comunistas penetraron en la iglesia y se dirigieron al santuario. Llenos de odio profanaron el sagrario, tomaron el copón y lo tiraron al piso, esparciendo las Hostias Consagradas. Como eran tiempos de persecución, el sacerdote había tenido la precaución, de saber exactamente cuantas Hostias contenía el copón: Treinta y dos.

Una vez cometida la fechoría, los comunistas se marcharon, dejando un centinela de guardia para custodiarle a él y no permitir el culto en la iglesia. Pero no repararon, o quizás no le dieron importancia a una niña de unos once años, que rezaba al fondo de la iglesia que estaba en penumbra. La niña, observó todo lo que había sucedido, y se marchó a su casa.

Pero por la noche, la niña volvió a la iglesia, evitando al centinela comunista que más se preocupaba de vigilar la rectoría donde estaba recluido el sacerdote, que la iglesia que estaba vacía, con los destrozos que sus compañeros y el mismo habían ocasionado, y lo más importante, a nuestro entender, que no al del centinela: las treinta y dos formas consagradas, desparramadas en el suelo.

Una vez en la iglesia, la niña se situó en la parte de atrás de la misma rezando durante una hora; un acto de amor en reparación del odio que habían mostrado sus hermanos de raza. Después de su hora santa, la niña se adelantó con mucho sigilo hacia el presbiterio, se arrodilló, y bajando la cabeza hasta el suelo con su lengua tomó una de las sagradas formas, que allí estaba desperdigadas. Téngase en cuenta que en aquella época, aún no estaba vigentes las actuales normas sobre la comunión, el ayuno era riguroso, sin comer ni beber doce horas antes, y a los seglares no les era lícito tocar con sus manos, no consagradas, las sagradas formas.

La pequeña continuó regresando todas y cada una de las noches siguientes, haciendo primero su hora santa y acercándose después al presbiterio, para tomar con la lengua el cuerpo de Nuestro Señor. En la trigésima segunda noche, después de haber realizado la última comunión, tropezó provocando accidentalmente un ruido que despertó al comunista que estaba de guardia. La pequeña, trató de huir pero el comunista corrió detrás de ella, la agarró, y la golpeó hasta matarla con la culata de su rifle.

Este acto de martirio heroico fue visto, desde la rectoría por el sacerdote que, sumamente abatido, miraba desde la ventana de su cuarto donde estaba recluido sin poder hacer nada.

El Obispo Sheen le manifestó al entrevistador, que cuando escuchó el relato, se quedó tan impactado, que prometió al Señor, que haría una hora santa de oración frente a Jesús Sacramentado todos los días, por el resto de su vida. Si aquella pequeña niña china, había sido capaz y pudo dar testimonio con su vida, de la presencia real de Jesús en el Santísimo Sacramento, entonces el obispo se veía obligado a lo mismo.

Su único deseo desde entonces sería, atraer el mundo al Corazón Ardiente de Jesús en el Santísimo Sacramento.

Es esta, una bonita historia, cuyo final no nos gusta tanto. Nos disgusta que al final, el soldado comunista terminase pillando a la niña y le partiese la cabeza a culatazos con su fusil. Y la razón última de nuestro disgusto, se encuentra en que como somos cuerpo y alma; materia y espíritu, la preponderancia, que generalmente tiene en todos nosotros, el cuerpo sobre el espíritu, nos pide un final más dichoso, más alegre, más al estilo de "hollywood"; pero no con la tristeza de la muerte de la protagonista, de esta ignorada niña china.

Lo que nos pasa, es que dado este apego, que tenemos a las cosas de este mundo, valoramos más el continuar en él, al precio que sea, sin valorar para nada la gloria que esta niña habrá adquirido con su martirio. Nuestra corporeidad humana nos ciega, y no nos damos cuenta, de que precisamente la parte más bonita de la historia es su final, es el regalo de la palma del martirio, que Dios le dona al alma de esta niña china, que es una especial privilegiada, una elegida del Señor.

Lo que se esconde en la Hostia Sagrada es la gloria de Su amor. Todo lo creado es un reflejo de la realidad suprema que es Jesucristo. El sol en el cielo es tan solo un símbolo del hijo de Dios en el Santísimo Sacramento. Por eso es que muchas custodias imitan los rayos de sol. Como el sol es la fuente natural de toda energía, el Santísimo Sacramento es la fuente sobrenatural de toda gracia y amor. JESUS es el Santísimo Sacramento, la Luz del Mundo.

ORACIÓN DE INTERCESIÓN

Padre Eterno, sólo Tú nos das todas las bendiciones en el Cielo y en la tierra a través de la misión redentora de tu divino Hijo, Jesucristo, y por la acción del Espíritu Santo.

Si es conforme a tu voluntad, glorifica a tu siervo, el Arzobispo Fulton J. Sheen, por medio de esta gracia que te pido a través de su intercesión (pedir aquí).

Hago esta oración en la confianza de Jesucristo, Nuestro Señor.

Padrenuestro. Avemaría. Gloria

³ Manipulo: Ornamento en forma de pañuelo o estola pequeña, que se colocaba en el brazo izquierdo; tiene el simbolismo del dolor. alba. En principio, el manípulo sirvió como pañuelo de mano y de ceremonia, pero desde el siglo IX pasó a ser un puro ornamento de los ministros consagrados, que se lleva pendiente del brazo izquierdo. Su origen parece hallarse en los pañuelos de etiqueta que ostentaban los romanos en la mappa o pañuelo de ceremonia que llevaban los cónsules al presidir los juegos públicos para lanzarlo al medio como señal de su comienzo.

Su adopción en la liturgia se remonta probablemente al siglo IV y ciertamente que figuraba desde el siglo VI en manos de los diáconos y desde el XV en las de sacerdotes y subdiáconos. De la forma de pañuelo más o menos

¹⁴Corresponde a la despedida en la Misa al Rito de conclusión: Podéis ir en paz.

NOTAS

[1] *Memorial Day*. Fiesta oficial de los Estados Unidos que se celebra el último lunes del mes de Mayo para recordar a los caídos que sirvieron en las Fuerzas Armadas norteamericanas.

[2] Ornamentos litúrgicos: *Alba*: vestimenta del sacerdote de color blanco y ajustada con el cíngulo; tiene el simbolismo de la pureza del alma lavada por el bautismo. *Cíngulo*: cordón que se ciñe al alba, simboliza la castidad. *Estola*: especie de banda estrecha y larga que llevan los ministros ordenados sobre el alba colgando del cuello; ha de ser del color litúrgico del día; tiene el simbolismo de la autoridad sacerdotal. *Casulla*: vestimenta exterior del sacerdote, por encima del alba y estola; tiene el simbolismo del yugo de Cristo y significa la caridad.

cuadrado que tenía en sus comienzos pasó definitivamente a la de cinta o tira con apéndices en sus extremos desde el siglo XI.

Por las reformas litúrgicas impulsadas por el Concilio Vaticano II, el uso de manipulo quedó excluido de la Liturgia del rito latino ordinario. Sin embargo, en virtud del Motu Proprio *Summorum Pontificum*, del Papa Benedicto XVI, que regula la Liturgia de rito latino Extraordinaria, nombrada popularmente como "Misa Tridentina", el Manipulo ha vuelto a ser un objeto litúrgico en uso. (Nota del Editor)

[4] "Yo confieso ante Dios Todopoderoso..." Corresponde al acto penitencial del inicio de la Misa.

[5] *Sal., 23, 4:* Aunque camine por valles oscuros, no temo ningún mal, porque Tú estás conmigo, tu vara y tu callado me sosiegan.
Dan., 3, 17-18.

[6] Luc., 2, 49.

[7] Jn., 2, 4.

[8] Richard Crashaw, poeta y estudioso inglés nacido en el seno de una familia anglicana y convertido al catolicismo. Fecha de nacimiento incierta, pero no anterior a 1613. Falleció en 1649. Hizo famosa esta frase cuyo original en latín es: *Nympha pudica Deum vidit, et erubuit.*

[9] Mt., 12, 47-48.

[10] 1 Cor 11, 26.

[11] Se trata de procesos de transformación de la energía que ocurren en las células y que es propio del metabolismo de las mismas. En el proceso anabólico se produce una reacción química destinada a formar compuestos mayores a partir de otros más pequeños. En el catabólico se producen reacciones destinadas a la degradación de moléculas grandes en sus unidades más pequeñas.

[12] *2 Co., 12,2:* Conozco a un hombre en Cristo, que hace catorce años —si el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, tampoco lo sé; Dios lo sabe— fue arrebatado hasta el tercer cielo.

[13] *Mt., 5, 18:* En verdad os digo que no pasarán el cielo y la tierra antes que pase ni la más pequeña letra o trazo de la Ley, hasta que todo se cumpla. Jn., 15, 13.

[15] *San Agustín.* Confesiones: ¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé.
Jn., 12, 32.

[17] Evangelio suprimido en la Misa del rito latino ordinario. En la Liturgia de rito latino Extraordinaria, la popularmente llamada "Misa Tridentina" el último evangelio es siempre (o casi siempre, puede que haya alguna excepción) el prólogo de Juan. [18] Aristóteles. *De Caelo.* "Lo perfecto es naturalmente anterior a lo imperfecto, y el círculo es algo perfecto".

[19] *Jn., 3, 3-4:* En verdad, en verdad te digo, que si uno no nace de lo alto no puede ver el Reino de Dios. Nicodemo le respondió: ¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Acaso puede entrar otra vez en el seno de su madre y nacer?